

FEDERICA MONTSENY
EN ANDALUCÍA
VERANO DE 1932



Universidad
de Huelva

2000

©

UNIVERSIDAD DE HUELVA

©

INTRODUCCIÓN Y NOTAS
JOSÉ LUIS GUTIÉRREZ MOLINA

TIPOGRAFÍA

TEXTOS REALIZADOS EN GARAMOND
DE CUERPO 11,5/12 Y NOTAS EN 9

PAPEL

OFFSET INDUSTRIAL, 100 GRS. AHUESADO
DE TORRAS PAPEL, EXENTO DE CLORO

ENCUADERNACIÓN

RÚSTICA COSIDO CON HILO VEGETAL

DISEÑO

SERVICIO DE PUBLICACIONES
UNIVERSIDAD DE HUELVA

PRINTED IN SPAIN. IMPRESO EN ESPAÑA

DEPOSITO LEGAL

H-343-00

IMPRIME

ARTES GRÁFICAS BONANZA S.L.

*Agradecemos a A.C. Las Siete Entidades las
facilidades dadas para la realización de este libro*

EDICIÓN ESPECIAL DE LA UNIVERSIDAD DE
HUELVA CON MOTIVO DE LA NAVIDAD DE 2000,
EN RECONOCIMIENTO AL ESFUERZO COLECTIVO
DE TODA LA COMUNIDAD UNIVERSITARIA

EL RECTOR

EDICIÓN LIMITADA 1.300 EJEMPLARES

PRÓLOGO

Forma ya parte de nuestra tradición que la Universidad de Huelva celebre la llegada de la Navidad con la edición de algún libro, ¡qué mejor forma de felicitarnos todos! Y estas ediciones navideñas ponen en circulación siempre algún tema referente a nuestra provincia, respondiendo así al compromiso, que gustosamente asumimos, con nuestro entorno más cercano: la sociedad onubense que justifica y sustenta nuestra razón de ser.

En estas últimas Navidades del siglo XX, sacamos a la luz un modesto libro que recoge las impresiones de la anarquista Federica Montseny durante un periplo por Andalucía en 1932. Proveniente de Sevilla, Federica llegó a Nerva, visitó Valverde, Zalamea, Salvochea (El Campillo), Riotinto y Nerva, para retornar a Sevilla y recorrer otras provincias andaluzas. A nuestra provincia es a la que dedica más extensión, cuatro de los doce artículos (*En el país de Sísifo, A través del Averno capitalista, El metal de los muertos y Las maravillas de Aracena. Mis últimos días en Riotinto*) que se irían publicando en el semanario barcelonés *El Luchador*. A lo largo del siglo XIX, Andalucía se había convertido en objetivo de muchos viajeros que, fascinados por nuestra tierra, querían dejar constancia de sus experiencias y vivencias.

Con Federica Montseny viaja, no podía ser menos, su ideología anarquista frontalmente enfrentada al socialismo y a la UGT, organizaciones a la que

disputaban la hegemonía entre los obreros de los grandes centros mineros de Huelva, en pueblos que contaban con una larga tradición de lucha obrera y republicana. Este aspecto, el enfrentamiento con otras organizaciones, ocupa un lugar central en sus escritos y, toda vez que queda muy lejano en el tiempo, hoy adquiere, ni más ni menos, que un valor histórico, testimonio de la resistencia del anarquismo a considerar a la Segunda República como un objetivo final. Todo ello en fechas en las que la conjunción republicano-socialista, con Azaña como jefe de gabinete, gobernaba en España.

Pero, por encima de las contiendas políticas y sindicales, Federica Montseny nos deja una descripción ajustada y sobria sobre la sociedad minera de los años treinta, las condiciones de trabajo de los obreros, la tierra dura y hermosa del Andévalo y la boscosa, pura y oxigenada de la Sierra.

Creo que el cambio de milenio merece el esfuerzo de esta edición cuyas letras recogen, en definitiva, una visión de parte de la historia del siglo, que dejamos o nos deja, y con la que os deseo no ya un buen año nuevo sino un milenio en el que el trabajo, la solidaridad y la paz, valores que algunos hombres aventuraron a comienzos del siglo XX, se instalen definitivamente en el XXI. A todas y a todos y a vuestras familias ¡Feliz siglo nuevo!

Navidad de 2000

Antonio Ramírez de Verger
Rector

ÍNDICE

ANDALUCÍA DEN EL VERANO DE 1932.....	10
DIARIO DE UN VIAJE.....	17
SEVILLA, POÉTICA Y REVOLUCIONARIA	
1 DE SEPTIEMBRE DE 1932	20
SEVILLA, LA MAGNA	
14 DE OCTUBRE DE 1932.....	29
EN EL PAÍS DE SÍSIFO	
21 DE OCTUBRE DE 1932.....	37
A TRAVÉS DEL AVERNO CAPITALISTA	
28 DE OCTUBRE DE 1932.....	43
EL METAL DE LOS MUERTOS	
4 DE NOVIEMBRE DE 1932.....	49
LAS MARAVILLAS DE ARACENA. MIS ÚLTIMOS DÍAS EN RIOTINTO	
11 DE NOVIEMBRE DE 1932.....	57
SEVILLA = MÁLAGA	
18 DE NOVIEMBRE DE 1932.....	65
MÁLAGA Y SUS MUJERES	
25 DE NOVIEMBRE DE 1932.....	71
DE MÁLAGA A GRANADA	
2 DE NOVIEMBRE DE 1932.....	79
EL ALCÁZAR DE LAS PERLAS	
9 DE DICIEMBRE DE 1932.....	87
GRANADA, BELLA Y HEROICA	
16 DE DICIEMBRE DE 1932.....	93
DESPUÉS DE LA TRAGEDIA	
23 DE DICIEMBRE DE 1932.....	101
MIS ÚLTIMAS DÍAS EN GRANADA	
30 DE DICIEMBRE DE 1932.....	109

ANDALUCÍA EN EL VERANO DE 1932

Si la República se había proclamado entre grandes esperanzas de que modificara la situación económica y social, en el verano de 1932 empezaba a vislumbrarse que el empeño no iba a ser fácil.

Entre las reformas que se esperaba que acometieran con decisión los nuevos gobernantes estaba la de la estructura agraria del país. Y en ella ocupaba un lugar destacado la situación de un campo andaluz dominado, en muchas comarcas, por un latifundismo soberbio y explotador. Además, la reconstrucción de la CNT, a la que a fines de los años veinte muchos daban por muerta, vino a complicar la situación. Los republicanos, en su mayoría pequeños burgueses procedentes de profesiones liberales, habían buscado el apoyo del socialismo español como método de integrar a la clase obrera en su proyecto.

La consecuencia fue que, junto a la indecisión del republicanismo en aplicar su proyecto reformista, la presencia del anarcosindicalismo sirvió de empuje y núcleo organizador de los sectores más afectados por la crisis económica, derivada de la mundial del veintinueve. Además, la desilusión se extendió a medida que no se veían cumplidas las expectativas levantadas. A lo que se añadió que la conflictividad social que se desató se intentó solucionar por el doblemente equivocado camino de, o bien

problematizar al máximo las reivindicaciones presentadas por los sindicatos cenetistas, convirtiéndolos en cuestiones de orden público, como en tiempos de la fenecida monarquía; o bien promocionar a la UGT, la organización socialista con la que la CNT se disputaba el espacio representativo obrero.

Uno de estos enfrentamientos tuvo lugar en mayo de 1932. Ese mes se declaró una huelga general del campo sevillano en protesta por la intervención de los organismos gubernamentales en la negociación de las bases de trabajo reguladoras de las faenas de verano. El conflicto fue más allá de las meras reivindicaciones económicas o laborales. Se trató de que por primera vez, los recién creados Jurados Mixtos rurales, y las comisiones técnicas nombradas por el ministerio de Trabajo, en manos de un socialista, intentaron imponer sus planteamientos en unas comarcas ampliamente dominadas por los sindicatos cenetistas. De allí que ambos contendientes se aprestaran a emplear en la lucha todas sus fuerzas. Además, otros factores se entrecruzaron con el conflicto sindical.

Desde hacía algún tiempo las autoridades habían detectado la existencia de movimientos conspirativos similares a los que en enero habían originado los levantamientos del Alto Llobregat. La policía tenía conocimiento de reuniones clandestinas y aprovisionamiento de armas y explosivos. Los acontecimientos no están claros, puesto que si es evidente la existencia de la conspiración, tampoco puede descartarse que, conocida por el gobierno, fuera aprovechada por éste para asestar un duro golpe a la estructura sindical anarcosindicalista sevillana y, por extensión, a la andaluza. No puede de otra forma entenderse la actuación del

comandante de la Guardia civil Lisardo Doval quien, en un alarde de auténtica eficacia, descubrió arsenales de bombas por toda la provincia y detuvo a centenares de campesinos. Tamaña eficacia no deja de ser sospechosa, pero es que además tuvo otra consecuencia, quizás más dañina para el cenetismo: la polémica interna.

En efecto, unos días antes de la fecha en que debía empezar la huelga campesina, estallaban en Montellano unos explosivos, y Doval comenzaba su tarea represiva. Tales hechos provocó la intervención pública del médico anarquista Pedro Vallina quien aconsejó que no se secundara la huelga por ser una provocación policial. La controversia estaba servida. Vallina, discípulo de Salvochea y hambre de gran predicamento en el campesinado de la zona, fue a su vez acusado por destacados militantes cenetistas, como Miguel Mendiola, secretario regional, Carlos Zimmerman, secretario local, y Rafael Peña, destacado faísta, de confidente y delator. El resultado fue una enorme confusión no sólo en Sevilla, donde la huelga, se perdió, sino en el resto del cenetismo andaluz. Así lo demostró el desigual seguimiento de la huelga regional convocada a fines de mayo. A pesar de la intervención de una delegación del Comité nacional de la CNT, el asunto no quedó medio solucionado hasta fines de octubre. Mientras, este nuevo problema se unía a la política de represión de actividades y clausuras de locales sindicales que realizaba el gobierno. Política que tuvo su máxima expresión en la ley de Asociaciones que el gobierno pretendía aprobar y que significaba, de hecho, poner en la ilegalidad a la CNT que ya había anunciado que no reconocería a organismos mediadores, patronos-obreros, estatales.

Así pues, cuando Federica Montseny llegó a Sevilla la situación de la regional era de debilidad si se le compara con la que poseía apenas un año antes, en noviembre de 1931, cuando un congreso regional reunió a representantes de más de trescientos mil trabajadores andaluces. El propio Comité Regional de la CNT, que había visto clausurada su nueva sede en la calle Bustos Tavera, había afirmado que sólo en la provincia sevillana, la CNT tenía a más de mil presos. De otro lado, los miembros de las juntas sindicales de los sindicatos sevillanos habían presentado su dimisión para no verse involucrados en lo que se suponía que iba a ser el inicio de una nueva espiral de violencia: la conmemoración del primer aniversario de los asesinatos del Parque de María Luisa. Ante las extremas medidas de seguridad, la prohibición, de todos los actos públicos y las clausuras de los locales sindicales, los días pasaron sin que ocurriera nada.

Pero que la situación de Andalucía preocupaba a los libertarios españoles era tan evidente que, por distintos motivos, ese mes de julio coincidieron en la región, el hasta hacía unos meses secretario nacional, Angel Pestaña, ahora en sintonía con lo que iba a convertirse en una pequeña escisión; el nuevo secretario nacional, Manuel Rivas, sevillano, que se encontró con Montseny en la capital andaluza, y la propia Federica. Andalucía era la esperanza revolucionaria del anarcosindicalismo español, la que podía aportar mayor número de afiliados y cuya situación social y económica, a priori, era la más explosiva.

Si este era el ambiente social, no podemos olvidar que por aquellos días se ultimaban los preparativos de la sublevación del general Sanjurjo, que tuvo en

Andalucía algunas de sus consecuencias más destacadas. No sólo fue que Sevilla se convirtiera en el punto álgido de la rebelión, sino que, además, en Cádiz, los rebeldes se hicieron dueños durante algunas horas de Jerez de la Frontera, y en el Campo de Gibraltar, como en Granada, se produjeron graves incidentes. Fue la provincia gaditana una de las que aportó mayor número de civiles implicados en la conspiración, pertenecientes en su mayoría a la alta burguesía comercial y terrateniente. Hechos que vivió presencialmente la hija de los Urales quien, con 28 años, se encontró en el centro de unos violentos incidentes que ocasionaron tres muertos.

En el caluroso verano andaluz se sentía en el aire una fuerte electricidad social. Así se produjo el encuentro entre Andalucía y Federica Montseny. Encuentro percibido, a veces, de forma frustrante, como al contemplar la situación orgánica de Sevilla; otras de rabia, observando la miseria en la que vivían los mineros de Riotinto, bajo la bota colonial de las compañías inglesas, o los trabajadores malagueños, y, en Granada, cuando asistió a la actuación de las masas populares enfrentándose a la rebelión derechista. Pero también se encontró con las noches embrujadas y el azul cobalto del cielo sevillano; las maravillas de las grutas de Aracena; el impacto visual de las cortas de las minas; la exótica vitalidad de la Málaga portuaria, y el hechizo de la Granada de la Alhambra y el Generalife.

Con la prosa de su tiempo, así nos lo ha legado Federica Montseny. Dejémosla hablar una vez más.

José Luis Gutiérrez Molina

DIARIO DE UN VIAJE

Jueves 21 de julio: Por la tarde, procedente de Madrid, llega a Sevilla en tren. Durante la noche visita el barrio de Santa Cruz.

Viernes 22 de julio: Paseo por el Parque de María Luisa. Allí visita los lugares donde fueron asesinados, el año anterior, cuatro trabajadores. Por la tarde, en autobús, sale para Nerva.

Sábado 23 de julio: Visita Nerva, donde, en el teatro Victoria da una conferencia.

Domingo 24 de julio: En automóvil se desplaza a Salvochea, por la mañana, y a Zalamea la Real por la tarde, donde da dos conferencias.

Lunes 25 de julio: Pronuncia una charla en el *Círculo del Valle*, club social de la zona residencial de los empleados ingleses y españoles de las minas. Por la tarde viaja a Campofrío, donde da un discurso y visita el pantano de igual nombre.

Martes 26 de julio: Nueva conferencia en Nerva. Por la tarde empieza a recorrer las minas.

Miércoles 27 de julio: Por la mañana continúa la visita a las minas. Por la tarde realiza una excursión, con los libertarios de Nerva, por los alrededores.

Jueves 28 de julio: Permanece en Nerva, donde pronuncia un discurso en el Ateneo Liberario de Nerva.

Viernes 29 de julio: Por la mañana dirige una palabras a los socios del Centro Obrero de UGT en el trascurso de la inauguración de un retrato de Anselmo Lorenzo. Después viaja a Aracena, donde visita la localidad y las grutas de las Maravillas. Por la noche en Nerva, en el Ateneo Popular, da una conferencia.

Sábado 30 de julio: Interviene, de nuevo, en dos actos en Salvochea y Zalamea la Real.

Domingo 31 de julio: El mitin de clausura de su estancia en Nerva es suspendido por el gobernador civil.

Lunes 1 de agosto: Por la mañana da una conferencia en Valverde del Camino.

Martes 2 de agosto: Sale de Nerva, por la mañana, hacia Sevilla a donde llega a mediodía.

Miércoles 3 de agosto: Por la mañana recorre Sevilla comprando algunos recuerdos. Por la tarde, prohibido un acto en la capital, va a Alcalá de Guadaira donde, a pesar de la suspensión de otra conferencia, pronuncia unas palabras ante un grupo de personas en la ribera del río. De regreso a Sevilla visita sus lugares más típicos.

Jueves 4 de agosto: Por la mañana coge el tren para dirigirse a Málaga, a donde llega media tarde. Esa noche, tras un corto paseo por la ciudad, pronuncia una conferencia en el local de los Sindicatos.

Viernes 5 de agosto: Sigue visitando la ciudad durante el día y por la noche interviene en una velada, celebrada en el Ateneo de Estudios Sociales, en memoria del anarquista italiano Malatesta.

Sábado 6 de agosto: Por la tarde recorre Málaga visitando los conventos incendiados meses anteriores.

Pronuncia una conferencia sobre la mujer en la Revolución, ante un auditorio mayoritariamente femenino.

Domingo 7 de agosto: Por la mañana, interviene en una asamblea del sindicato de Transportes. Por la tarde, en un mitin en una fábrica de cementos situada en La Caleta malagueña, y por la noche dirige unas palabras al Pleno de la Federación Local.

Lunes 8 de agosto: Sale en tren hacia Granada, a donde llega, tras hacer trashedo en Bobadilla, a media tarde. Se aloja en casa de Francisco Crespo, permaneciendo descansando el resto del día.

Martes 9 de agosto: Por la mañana visita la Alhambra, y por la tarde el Generalife. Por la noche asiste a las últimas sesiones de un Pleno local de los sindicatos granadinos.

Miércoles 10 de agosto: Cuando se disponía a tomar el tren-tranvía a Güejar Sierra, para visitar la serranía, llegan las primeras noticias de la sublevación de Sanjurjo en Sevilla. Se suspende la excursión y la conferencia que debía pronunciar esa noche. Tras cenar recorre las calles, junto a una multitud expectante, hasta que, a medianoche, comienzan los incidentes que terminan con el asalto e incendio de la redacción del periódico el *Ideal* y el Casino Nuevo; los tiroteos ante el hotel Alameda y el Palacio de Guadina, en los que mueren dos afiliados cenetistas, y el asalto de las armerías de la ciudad. En el domicilio donde se aloja escucha toda la noche los disparos que se suceden.

Jueves 11 de agosto: Amanece con la ciudad en calma. Se declara la huelga general y empiezan a llegar refuerzos de guardias de asalto y civil. Se conocen los acontecimientos de Santa Fe, Maracena y Pinos Puente,

entre otras localidades. Por la tarde comienzan nuevamente a formarse grupos en las principales calles de la ciudad. Por la noche se reproducen los incidentes asaltándose e incendiándose la iglesia de San Nicolás.

Viernes 12 de agosto: Asiste al entierro de Donato Gómez y Mariano Cañete, los dos muertos en los incidentes de la madrugada del jueves. Comienzan las detenciones. Decide partir hacia Barcelona.

Sábado 13 de agosto: Tras comprar por la mañana algunos recuerdos, coge el tren a la una hacia Baeza, tras cambiar en Moreda, donde emplama con el directo Sevilla-Barcelona que le llevará hasta la ciudad condal. Fin de viaje.

UN PROLEGÓMENO

SEVILLA, POÉTICA Y REVOLUCIONARIA

1 DE SEPTIEMBRE DE 1932*

Estoy ya en Sevilla. Llegué anoche en el expreso de Andalucía, después de dar la conferencia en Madrid, en el local de los Sindicatos.

El público que acudió a ella, el hervidero que es Flor Alta, 10 da una idea de la potencialidad numérica de la C.N.T. en Madrid, donde se van batiendo en retirada los socialistas. La U.G.T. ya es poco más que un mito. El pueblo, aún con no mucha experiencia, aún con no mucha personalidad, pero con gran entusiasmo, ingresa en masa en la Confederación. La labor de los anarquistas consiste ahora en capacitar en el ejercicio de la responsabilidad propia y de la conciencia individual a estas masas, que son un magnífico bloque de blanda cera.

Pero estoy ya en Sevilla. ¡Con qué alegría he visto asomar los primeros picos, las primeras estribaciones de Sierra Morena, después de inmensas llanuras, de las silenciosas estepas de la Mancha! Pocos compañeros habrán ido con más ilusión que yo a Andalucía. Es ya toda una tradición de cariño a esa tierra la nuestra. Desde niña oí hablar a mi madre con entusiasmo de Andalucía. De mayor, Andalucía

* Las fechas son las de publicación.

ha continuado siendo el gran foco revolucionario y la comarca de España en que más leales, más nobles amigos hemos tenido siempre¹.

¡Estoy ya en Sevilla! Y tengo aún en la retina y en los sentidos este embrujo sutil de Sevilla, ese hechizo de las noches de Sevilla, olorosas de jazmín, ardientes y pobladas de encantos.

El que no ha visto Sevilla de noche, el que no ha paseado por Sevilla a media noche, recorriendo las callejas silenciosas, escuchando el rumor de sus fuentes, esa canción del agua, de indecible belleza, no sabe lo que es Sevilla. El que no se ha detenido, suspenso de admiración, penetrado de emoción estética, en esas plazuelas desiertas, en medio de las cuales el agua canta; en esos jardines de Murillo sobre los que la Luna tiende un manto de blancor y de calma, inmovilizando todas las cosas, suspendiéndolas todas en un ambiente etéreo, alejándonos de la realidad para hundirnos o elevarnos en ese mundo caprichoso y fantástico de los sueños, no sabe lo que es Sevilla. No ha sentido, como yo, con toda la fuerza de las sensaciones y con todo el desenfreno de una fantasía rica, el embrujo de una ciudad que tiene noches de Bagdad, noches de Oriente, sobre las que los encajes pétreos de la Giralda y los graciosos minaretes del Alcázar parecen el encanto y la poesía del arte árabe.

1. La madre de Federica Montseny, Soledad Gustavo, seudónimo de Teresa Mañe, había recorrido Andalucía en diversas ocasiones. De ellas la más destacada quizás sea la que efectuó durante la campaña pro amnistía de los condenados en los procesos de *La Mano Negra* y los sucesos de Jerez de enero de 1892. Entre estos amigos estaban José Sánchez Rosa, cuya familia le acogió en Sevilla y Antonio Ojeda, destacado anarquista de principios de siglo, fotógrafo que hizo fortuna y que aportó parte del dinero necesario para que en 1923 reapareciera *La Revista Blanca*.

Los sevillanos ignoran toda la belleza de Sevilla. No perciben el azul cobalto de su cielo, no saben de qué manera es blanca la luz de la Luna rielando sobre las blancas paredes, sobre las calles también blancas. No saben lo que es Sevilla recorrida de noche, deslizándose por las callejas, escuchando silenciosamente, a través de una ventana entornada, un canto que tiene la melancolía y la dulzura de las canciones eternas de Amina la cautiva. No saben cuán poderoso es ese embrujo nocturno de Sevilla, ese hechizo voluptuoso del olor de Sevilla, poblada de azahares y de jazmines. Yo lo sentía penetrar en mis poros, en mis sentidos, lo sentía flotar sobre mi alma, pesar dulcemente sobre mis ojos, que hubieran querido cerrarse, dormirse en un sueño eterno, que detuviera lo perfecto de la hora, que retuviese para siempre más su encanto en esa noche, en ese rato pasado sentada en los jardines de Murillo, no oyendo más rumor que la canción del agua, inmóviles las hojas, las cosas y las almas bajo la mirada de Astarté², la amante de los poetas y de los locos.



¡Sevilla, poética y revolucionaria! He caído como un bolido en Sevilla el día de un aniversario memorable y trágico. El día 22 de julio, fecha maldita, que marca una efeméride de dolor y oprobio.

2. El uso de fórmulas clásicas o el recurso a la mención de personajes mitológicos o dioses de la antigüedad es una característica de la literatura anarquista de esos años. Así se aprecia, por ejemplo, en las obras de la colección *La Novela Ideal*. En esta serie de artículos Federica recurre en diversas ocasiones a esta utilización.

Hoy hace un año que fueron fusilados en el parque de María Luisa los cuatro infelices compañeros que la fuerza armada, acompañada de unos cuantos señoritos chulos; asesinó, remató como perros rabiosos³.

Y hoy he pasado por este parque, maravilla de arte. He pasado sobre la misma tierra que se bañó con su sangre, sobre esta tierra que arañaron las manos convulsas de los moribundos. ¡Oh, he pasado bajo esas frondas que vieron el crimen; por esos jardines que resonaron estremecidos por los fusilazos!

Paca Sánchez Rosa, con su voz tan grata, me iba contando la tragedia. Toda poesía, todo hechizo han huido de este parque. Por más esfuerzos que hiciera junto al lago de los Lotos, en la plazuela del Quijote, junto a ese monumento a Bécquer, refugio de los poetas y de los enamorados yo veía los cuatro cuerpos de los muertos, sus manos crispadas, hundidas en la tierra, sus ojos vidriosos, abiertos al cielo azul e inmisericordia. Toda poesía ha desaparecido. No he podido ver, en este aniversario trágico, el parque de María Luisa como he visto los jardines de Murillo y el patio de los Quintero y la

3. Los sucesos a los que hace referencia ocurrieron en julio en 1931 en el transcurso de los incidentes que sacudieron a Sevilla tras la muerte de un afiliado cenetista en un choque entre huelguistas y esquiroleros de la fábrica de cervezas *La Cruz del Campo*. Al día siguiente, convocada la huelga general, una manifestación obrera se enfrentó en la calle Feria con la fuerza pública, con el resultado de dos muertos. Por la tarde otros choques causaron tres muertos más. El gobernador civil, Francisco Bastos Ansart, había autorizado a jóvenes derechistas a portar armas. Entre ellos estaban algunos Murube, Parias, Farladé e Ibarra, así como el torero *El Algalonso* y el comandante Lahulet. De este grupo salió quienes, en la madrugada del 23, aplicaron la Ley de Fugas a cuatro detenidos a los que se trasladaba al cuartel de la Guardia civil instalado en la Plaza España.

Giralda y el Alcázar. Me hervía la sangre de rabia. No podía ver ya la gracia luminosa del aire y del agua, el verdor húmedo y fresco de los puentes arbóreos. No veía más que las siluetas siniestras de la fuerza, fusil en mano, no dejando acercarse a nadie, esperando el fin de la agonía de los asesinados. Uno cayó y se arrastró trabajosamente unos cuantos metros. Se veían sus uñas clavadas en la tierra al día siguiente. Se veía el reguero de sangre, la huella espantosa del calvario. Uno era un pobre sastre, catalogado como comunista por los chulitos sevillanos, los señoritos matones, que jugaron a matar sindicalistas, como apuestan sobre la honra de mujeres. ¡Miserables!

- ¿Viven y están en libertad todos los asesinos? - pregunto a Paca

- Sí, todos. El espíritu revolucionario de Sevilla, ha sido castrado, aniquilado. Late vivo, estremecido, pero ahora está en letargo. Los unos se hallan presos, los otros fugitivos, los terceros perseguidos. Y luego ese lío-catástrofe. Sol, Vallina, Mendiola...⁴.

Siento una congoja indecible en el alma. Pienso en la ilusión, en la esperanza, en la mirada de ansia que España entera tiene fija en Andalucía. ¿Habrán conseguido asesinar todo lo que Andalucía representa de heroico y revolucionario en esta hora de España? Tiemblo y un sudor frío me invade las sienes. Confío locamente en Andalucía. Espero de aquí la chispa. Si esto se apaga ¿qué será de la causa de la revolución en España?

4. Se refiere al cruce de acusaciones entre el doctor Vallina y la plana mayor del cenetismo sevillano al que se hace referencia en "Andalucía en el verano de 1932".

Paca se da cuenta de mi congoja, de mi palidez incluso, y me anima.

-No te alarmes. Esto no está muerto. El espíritu revolucionario de Sevilla no lo apaga nadie, ni bomberos, ni autoridades, ni persecuciones, ni traiciones... Y luego hay el campo. Los campesinos están muy sanos. Irás ahora a Nerva y verás también el instinto magnífico de los mineros.



Salgo para Nerva. No he podido dar ninguna conferencia en Sevilla. Los guardias van hoy con el fusil en las manos. Han clausurado esta noche el local del Comité Regional y han hecho algunos registros⁵. Recuerdo un detalle simbólico de Sevilla. El palacio de España en la Exposición, en el que estaban representadas todas las regiones ibéricas, ha sido convertido en cuartel. Digo:

-He aquí un símbolo: España entregada a la fuerza armada.

A mi vuelta de la provincia de Huelva intentarán organizar una conferencia y verán si consiguen que se autorice. Valera Valverde es un virrey y en Sevilla ha pasado una catástrofe moral.

Salgo para Nerva. ¡Con qué esperanza y con qué angustia voy después del desengaño de Sevilla!

Pero yo misma me animo. Esto volverá a rehacerse. Esto no está muerto, sino dormido. Se necesita despertar de nuevo el espíritu revolucionario, avivar

el fuego de la hoguera. Bajo las cenizas, hay rescoldo oculto y ardiente, recóndito y trémulo.

Espero. Hoy hace un año de la tragedia y el hálito de ella, el sombrío recuerdo aletea sobre todas las frentes, pone un fondo rojo y negro sobre el azul intenso del cielo y la blancura deslumbrante de la ciudad, que duerme una siesta...

5. Se trataban de las consecuencias derivadas de la huelga campesina de mayo y del acoso al que sometían las autoridades a los sindicatos cenetistas. Ver "Andalucía en el verano de 1932".

I. SEVILLA, LA MAGNA

14 DE OCTUBRE DE 1932

Recuerdo el viaje de Madrid a Sevilla por algunos detalles curiosos.

En el departamento en que yo me hallaba, viajaba una compañía heterogénea: un soldado marroquí de la Mehalla⁶; una pareja de recién casados; un ganadero cordobés y un guardia civil de permiso.

De todos, el más simpático ano era el soldado moro. Iba con destino a Cádiz. Había quedado cojo en el desastre de Annual y venía de sufrir un último reconocimiento en Madrid. Parecía aún muy joven; tenía unos ojos sumisos de perro fiel y miraba las cosas y las personas, particularmente a las mujeres, con expresión maravillada.

Jamás había estado en España y los campos bien cultivados, los hermosos viñedos de Valdepeñas y Manzanares, toda esa parte próspera y rica de Castilla la Nueva, le arrancaban gritos de admiración.

Cruzamos varias veces la palabra, colocados el uno frente al otro. Y al llegar a Córdoba se sintió galante, empeñándose en que bebiera una gaseosa. La rehusé riendo. Me daba lástima, sintiendo por él más piedad que desprecio, aunque su posición de

6. Cuerpo de soldados indígenas integrado en el ejército español.

traidor a la causa de sus hermanos de opresión y de raza, de mercenario al servicio del Poder español, me fuese repulsiva. Parecía espabilado en el ambiente de España y con algunas ideas demoledoras metida en su dura cabeza de rasgos aguileños. Al pasar por las bellas laderas de aquel extremo de la Mancha, exclamó:

-Tierras buenas; en el Rif no haber. Pero aquí como allí lo bueno ser de los ricos.

Me hizo gracia y le formulé algunas preguntas, que él me fue contestando como pudo. Al llegar a Sevilla, como debía pasar en la estación la noche, esperando la hora de salir para Cádiz, le dejé para cenar mi comida, que yo ya no necesitaba. La aceptó con un poco de rubor, llevándose la mano al pecho y a los labios, reconocido.

¡Pobre muchacho! La patria adoptiva, el Poder al cual se ha prostituido, no son muchos más generosos para él que Marruecos. Cojo y con la mitad de la juventud perdida, su mañana de inválido, ¡en qué se diferenciará del mísero presente de las multitudes vasallas de los feudales rifeños!



Los picos de Despeñaperros, Sierra Morena, ingente y formidable, ¡qué emoción me produjeron! Estaba ya en Andalucía. Y el paisaje, desolado y árido al dejar la Mancha; el paisaje, de una monotonía abrumadora hasta penetrar en tierra andaluza, se fue animando, adquirió la variedad y los matices, los tonos pardos, y verdes, y amarillos, familiares en Cataluña.

Después, las llanuras, los trigales extendiéndose al pie de las sierras, al borde de la línea férrea. De

vez en cuando, los enormes rebaños de ovejas y de cerdos; las yeguas bulliciosas; los tropeles de toros bravos, guardados por pastores a caballo y con largas picas.

Todo iba desfilando vertiginosa, fantásticamente, ante mi vista. Pasamos Córdoba. Visión rápida, instantes de parada del expreso en el andén; la ciudad entrevista bajo la luz deslumbradora, agresiva, que descendía del cielo intensamente azul.

Al fin Sevilla. En la estación esperándome Paca Sánchez Rosa, Ojeda y sus hijos, Manolo Rivas, incidentalmente en Sevilla, y otro compañero de Construcción de Manresa⁷.

He escrito ya otro artículo hablando de esta estancia mía en Sevilla⁸, a la que supe ver, captando el encanto de sus jardines, la belleza de sus rincones únicos, gustando todo el hechizo de sus noches maravillosas.

La misma que llegué, hallándose en los baños de Alhama Sánchez Rosa, su compañera y su hija Felicidad, paséla deambulando, después de cenar, con Paca Sánchez, y con Jiménez, un compañero sevillano, por el barrio de Santa Cruz, hasta las dos o las tres de la madrugada.

A la noche siguiente, en la correría nos acompañaron Rivas y el camarada de Manresa, atraídos por mi entusiasmo ante la belleza de las noches

7. José Sánchez Rosa, el destacado maestro grazalemeño, residía en Sevilla donde regentaba una escuela. De Ojeda ya se ha hablado en "Andalucía durante el verano de 1932" y Manuel Rivas, era el nuevo secretario del comité nacional de la CNT que había sustituido en marzo al de Pestaña. Rivas sería el secretario del comité revolucionario nacional del movimiento de enero de 1933.

8. Se refiere al artículo que publicó en *La Revista Blanca* y que inicia este texto.

sevillanas. Rivas, sevillano y guasón, sobre no sentir un hechizo al cual ya se han habituado los hijos de Sevilla, se burló con mucha gracia de mí, haciéndome reír como hacía mucho tiempo no había reído.

Pero la magia de esas noches silenciosas, cargadas de violentos perfumes -el olor de Sevilla, los jazmines que florecen en el pecho y en el cabello de las mujeres; que se derraman de los balcones sobre las estrechas y primorosas callejuelas- a través de bromas y de veras la sentíamos todos. Recuerdo el cuarto de hora que pasamos detenidos juntos a una puerta medio cerrada, oyendo el rasguear de una guitarra y una voz de hombre, sonora y bien timbrada, que suspiraba a media voz esos cantos moriscos, en el que el amor, el odio, la pena y la muerte se dan la mano.

¡Oh, en un teatro, en una decoración amañada, de andalucismo de exportación y de españolada, eso es estúpido y repulsivo! Pero en Sevilla, a media noche, dulce y serena de Luna, templada y silente, escapándose como un rumor de una puerta cerrada, tiene un colorido singular, una poesía inconfundible y propia.

Como la tienen esos patios andaluces, en medio de los cuales el agua canta, llenos de flores, con el farol encendido, la cancela entornada, el misterio dentro y la poesía instintiva de un pueblo que le lleva en las venas susurrando afuera, escapándose de las cosas inmóviles y del silencio preñado de aromas y de voces de lejanía.



Hallé a Sevilla en una situación socialmente crítica. Fue para mí un rudo golpe, un terrible desengaño inicial! el espectáculo de esta ciudad andaluza, tal

como la encontré, máxime pensando en cómo esperaba hallarla.

Nos habíamos habituado de tal forma a dar a Sevilla, por las agitaciones de estos últimos tiempos, capitalidad revolucionaria⁹, que verla amodorrada, indiferente o poco menos al trágico aniversario con que coincidió mi primera estancia en Sevilla -el del asesinato de las cuatro víctimas de la Ley de Fugas republicana- me anonadó, de momento.

Era gobernador de Sevilla en aquellos días, el nefasto Valera Valverde¹⁰, destituido después como cómplice de la "sanjurjada". Hube de pasar por la capital de Andalucía, ¡por Sevilla!, sin poder organizarse ninguna conferencia, sin poder ver al pueblo sevillano congregado.

Me hablaron del terreno que ganaban los comunistas, del espantoso desbarajuste causado por el asunto Vallina-Mendiola; de la aparición en el horizonte sevillano de la fauna bomberil¹¹.

9. La fama de ciudad revolucionaria que acompañó a Sevilla durante los años treinta, acabó acuñando el término de *Sevilla la Roja*.
10. Eduardo Valera Valverde, del Partido Radical, fue nombrado gobernador civil de Sevilla en junio de 1932. Se mostró especialmente duro con las reivindicaciones obreras, y mantuvo clausurados los sindicatos cenetistas. Acusado de tener alguna participación en la trama de la sublevación de Sanjurjo fue detenido y depuesto a mediados de agosto de 1932.
11. Los comunistas tenían en Sevilla a unos de sus principales focos ya que era una de las pocas ciudades, que contaban con cierta implantación sindical. Desde fines de los años veinte una serie de sindicatos cenetistas se fueron separando a medida que importantes militantes, como Manuel Adame y Saturnino Barneto del Sindicato de Obreros del Puerto o José Díaz del de Panadero, se afiliaban al PCE. Otros antiguos cenetistas convertidos al comunismo fueron Carlos Núñez, Antonio Mije y Manuel Delicado. Con los sindicatos bajo su influencia crearon la Unión Local de Sindicatos que competía con la Federación Local cenetista y la UGT. Los sectores en los que tenía mayor influencia eran Transportes, panadería, metal, cerámica y químicos. En 1936 esos sindicatos se integraron en la UGT.

Y sin hablarme de nada, por lo que anhelaba y por lo que veía, me desolé. Me cayó encima el firmamento, sintiendo una profunda tristeza. Si aquello era Sevilla y si Andalucía estaba como Sevilla, ¡adiós esperanzas nuestras, puestas todas en este sur de España de las grandes tragedias y las grandes rebeldías!

La cárcel estaba llena de compañeros; muchos se hallaban fugitivos; otros escondidos. La represión gubernamental se intensificaba, puesta en tensión por el descubrimiento de las bombas en cuyas negruras nadie hará luz cumplidamente. El día antes de salir yo de Sevilla, cerraron el local del Comité Regional, deteniendo a algunos de los que allí se hallaban.

Pasé varias veces por el local donde se encontraron los famosos explosivos y me apliqué concienzudamente a sacar agua clara de toda aquella turbidez tremenda. Saqué una impresión, reflejo de una convicción, ajena a mi y a Sevilla, pero ambas, impresión y convicción, las guardo.



Estuve en Sevilla un día y medio. Después, de vuelta de Nerva, volveré a hablar de ella.

Vi a bastantes compañeros y la atención de Ojeda me biza conocer lo mejor, lo más notable de la capital, desde las ruinas de Itálica a Heliópolis, que los sevillanos con su gracejo y su pronunciación difícil lo llaman "el lío padre"; una ciudad ideal, adosada a Sevilla, en donde nadie paga alquiler y no hay quien se aclare el lío jurídico que se han hecho.

Fui recorriendo todo lo que fue la maravillosa Exposición de Sevilla, digna rival de la de Barcelona,

lo conservado y lo en ruina. Y vi el hecho simbólico de haber convertido en casa-cuartel de la Guardia Civil el enorme palacio circular de las provincias españolas.

Recorrí el Parque de María Luisa y los parajes en donde se perpetró el asesinato de los cuatro infelices sacrificados por la barbarie gubernamental y la ferocidad de los patricios sevillanos; los omnipotentes feudales de la moderna España que yo miraba con odio reconcentrado sentados a la puerta del Círculo de Labradores, luego incendiado por el justiciero impulso popular al levantarse Sevilla frente al intento fascista de Sanjurjo.

Salí el 15 de julio -viernes- para Nerva¹², en una tarde abrasadora, acompañada de un compañero que desde esa localidad vino a buscarme.

Paca me despidió, diciéndome:

- Verás ahora Andalucía, la de los campos y la de las minas, la del dolor, la de la servidumbre y la de las revueltas.

Sevilla, blanca y bella, siempre enjalbegada y vestida de gala, como una novia, tenida en medio de una planicie, con su pueblo y su colorido tan propios, con la magia de sus noches y el fragor de sus días revolucionarios, quedaba atrás, riendo y llorando, cantando y levantando barricadas, jugándose la vida, a cara o cruz, por una mujer o por la Anarquía, que también tiene nombre femenino.

12. Aquí Federica Montseny se equivoca. En el primer artículo da la auténtica fecha de su llegada a Sevilla, la víspera del también viernes 22, aniversario de los asesinatos del Parque de María Luisa. Además, de no ser así no hubiera podido estar presente en Granada durante la sublevación de Sanjurjo.

II. EN EL PAÍS DE SÍSIFO¹³

21 DE OCTUBRE DE 1932

Nerva. Pueblo blanco sobre los contornos pardos y rojizos de las tierras, bajo la atmósfera gris y enrarecida.

Llegué durante los diez días de vacaciones. Y las minas, las cortas gigantescas, estaban en calma; apagadas las chimeneas de las fundiciones, los cráteres de los volcanes artificiales que vomitan humo y brasas.

Hicimos un buen viaje el camarada Eusebio Coronado y yo, en auto desde Sevilla a Nerva.

¡Pobre Coronado! ¡Con qué melancolía escribo su nombre, evoco su semblante flaco, en el que los ojos tristes y leales se adentraban en la cabeza, dándole esa expresión patética de los tísicos! Ya no existe. Hace dos días que González me escribió, comunicándome su fallecimiento. La muerte, que le acechaba, hásele llevado ya, alejándole para siempre, poniendo entre nosotros la barrera insalvable de lo definitivo. Salí de Nerva convencida de que no le volvería a ver, dejándole en el lecho, en el ambiente doloroso de aquella casa que la mina había deshecho.

13. Personaje mitológico, fundador de Corinto y padre de Ulises, representaba la astucia. Condenado por Zeus a subir una piedra a la cima de un monte, cuando llegaba la piedra volvía a descender, teniendo que comenzar de nuevo la tarea. Federica lo utiliza para representar el paisaje minero de la comarca de Riotinto, similar al de donde Sísifo cumplía su pena y al interminable y duro trabajo de sus habitantes.

Él, tuberculoso; su compañera también en la cama, atacada de pleuresía.

Rindo aquí, con toda la emoción de mi alma, un recuerdo fervoroso a este camarada óptimo, cuya bondad, cuya inteligencia, cuyo buen criterio pude apreciar cumplidamente en diez días de relación estrecha.

Nerva da un contingente aterrador de tísicos. Es el trabajo brutal de las minas, el mismo aire que se respira, cargado de gases, lo que destroza los pulmones, lo que ataca primero la pleura, después la caja torácica. El contagio acaba de hacer el resto.

¡Oh, con qué desgarramiento íntimo oía yo las toses continuas que pueblan el silencio en Nerva! Toses secas, que arrancan de todas las gargantas, que hacen de ese infierno capitalista un vivero de tuberculosos.

¡El país de Sísifo! Las cuencas mineras, kilómetros y kilómetros de tierra violada, abierta a tajos; ruedos enormes como monstruosas plazas de toros. Los pueblos, sin un árbol, que el carbono mortal de las minas agosta como a los hombres, extienden sus agrupamientos en los bordes de las cortas, a los lados de las carreteras, junto a las vías férreas que conducen el mineral de las minas de Riotinto a Huelva.

Sucesión fantástica de volcanes en reposo; enorme extensión de terreno policromado, sugiriendo a veces la imagen de una superficie lunar, mostrada por el telescopio; tal pareció ante mi vista la comarca de Riotinto.

A la entrada del pueblo una multitud esperando. Hombres, mujeres, niños. Gritos ensordecedores, vivas a la Confederación, a la F.A.I., a la Anarquía, a la revolución, atronando los aires. Manos que estrechaban mis manos, rostros sonrientes

desconocidos, pero que tenían el gesto fraternal de una bienvenida calurosa.

Espontáneamente, todo el pueblo fue desfilando hacia el local del Sindicato, en una manifestación no preparada, pero que resultó imponente. Recuerdo con agrado esta llegada que fue una afirmación de simpatía popular por las ideas ácratas, continuamente renovada en cada acto que dimos, a pesar de todas las maniobras y calumnias socialistas y de algún incidente desgraciado.

La Guardia civil, concentrada; los socios de la U.G.T., en las casas, sólo asomaban media cabeza. La oleada humana que barría las calles; la multitud ruda de mineros curtidos y macilentos, de pechos hundidos, ojos de fiebre y bocas ardientes, lo llenaba todo; era como un mar mugiente capaz de arrollarlo todo.

Hasta bien tarde no pude salir del Sindicato; ir a casa de Coronado, mi mansión durante los diez días de estancia en Nerva; lavarme el polvo del viaje y encontrarme a solas y en familia con Gabriel González, el animador del movimiento anarquista en la comarca, y los compañeros más destacados de Nerva, miembros de la Comisión que organizó mi viaje.

Me pusieron en autos del plan que tenían, del que ya me dio una avanzada Coronado en Sevilla. El planecito era de abrigo. Publicó "La Tierra" de Madrid¹⁴, el programa de festejos a mi cargo y me escribió mi padre diciéndome que esperaba, en el

14. Periódico madrileño de extrema izquierda fundado en 1930 y desaparecido en 1935, dirigido por Santiago Cánovas Cervantes, que pretendía extenderse en los medios anarcosindicalista y que fue aprovechado por éstos para publicar noticias y comunicados de sus organizaciones cuando no disponían de prensa propia.

estribo del tren, un telefonema para venir a buscarme, enferma y con la garganta perdida.

Tenía en perspectiva diez días de conferencia diaria y como postres algunos en los que había de dar dos conferencias en vez de una.

- ¡Qué bárbaros! ¡Pero es que queréis matarme? No podré resistirlo. Caeré enferma de una congestión en la garganta- exclamaba yo.

-Te cuidaremos mucho para que esto no pase. Verás. Y hay un día en el que no tienes que dar ninguna conferencia, de completo descanso - me decían González y Coronado.

- ¡Qué generosos! Tendré que cuidarme como una diva.

Ingerí una cantidad fabulosa de pastillas de Corifina, providencialmente facilitadas por un farmacéutico de Nerva, durante mi estancia por aquella provincia. Pero tanto me cuidaron y tan buena garganta tengo, que lo resistí todo y algo más, por esa fatal condición mía que no sé decir casi nunca "no" cuando de mi esfuerzo personal se trata.



¡Buenos, admirables amigos los hallados por aquellas tierras! ¡Con qué gratitud y con qué emoción los recuerdo! El cariño demostrado me indemnizó de todos los cansancios, me pagó con creces todo mi esfuerzo.

¡Cómo recuerdo las delicadezas tenidas, en las que el sentimiento andaluz, cordial y poético, se ponían de manifiesto!

...Aquella serenata improvisada, al acostarme, junto a la puerta de mi cuarto, por los muchachos del cuadro musical del Ateneo Libertario, dirigidos

por el simpático Rivas, joven compositor nervense que ha escrito la música del Himno Anarquista; serenata de la que guardaré siempre la impresión causada en mí por el sabor oriental del inolvidable "Yokohama"; los ramitos de claveles y albahaca que cada día me tenían preparados las buenas compañeras de Salvochea, viendo mi afición a las flores y mi hábito madrileño de llevarlas en el pecho; los dulces que encontraba sobre la mesilla de noche al regresar, de madrugada, a mi dormitorio, puestos por las manos fugitivas y afectuosas de la cuñada de Coronado; el entusiasmo exaltado de la compañera de Guerra -figura divina que recuerda, por su rostro, a una sibila de Miguel Angel y que, por su alma angélica, es el símbolo de la ternura humana proyectada sobre todos los que sufren-, que, bajo el sol y la lluvia, a pie y a caballo, infatigable y sonriente siempre, con la dulzura indecible de sus ojos mansos, me acompañó sin cesar a todas partes, imagen viviente de las minas, que han gastado su cuerpo de amazona, poniendo el fuego de las fraguas en su corazón franciscano...

Todo, todo lo recuerdo. No he olvidado ningún detalle ni ninguna figura de este retablo popular, doloroso y magnífico, en donde lo mejor del alma humana, a través de pasiones y de sombras, se transparenta y resplandece como gemas.



No he hecho más que llegar al país de Sísifo. Aún no he empezado la jornada, que fue dura y buena, incansables ellos en oírme y yo en hablar, sintiendo el estímulo de toda esta bondad, de todo este afecto, de todo este abono de las conciencias, que hacía

recibir como semilla germinable y fácil siembra de anarquismo que intenté realizar por esas tierras.

Necesito dedicar a la comarca de Riotinto, a la serie de pueblos de la provincia de Huelva que recorrí, más de uno y quizás más de dos artículos.

Además, era la primera impresión que recibía de Andalucía, del pueblo andaluz, y sus posibilidades revolucionarias, su estado moral, su tragedia de productores, su existencia de nuevos Sísifos, bajando a las entrañas de la tierra y arrancando de ellas, el mineral que enriquece a los colonizadores de Iberia -ingleses en Huelva; alemanes, franceses, italianos, en otras regiones de este comienzo de África¹⁵- me interesaban particularmente, han de interesarnos a todos los que contemplamos la formidable gestación insurreccional que vive nuestra España convulsionada.

15. De esta forma hace mención al capital extranjero de las compañías que eran propietarias de parte de las riquezas de la región andaluza: ingleses en Riotinto; franceses en Peñarroya, Córdoba, y alemanes en Almería.

III. A TRAVÉS DEL AVERNO CAPITALISTA

28 DE OCTUBRE DE 1932

Llegué a Nerva el viernes. El sábado di la primera conferencia, en el teatro Victoria, organizada por el Sindicato de Nerva.

El domingo salí con González y tres compañeros más de la comisión de la propaganda a dar actos en Salvochea¹⁶, por la mañana y en Zalamea por la tarde.

González, nombrado acompañante mío por la Federación Local de Grupos¹⁷, organizadora de la tournée, se hizo popular por aquellas tierras, amén de su popularidad propia como el "Barbero de Nerva", siniestramente presentado por los socialistas, con una personalidad novísima.

Los chiquillos y las mujeres de aquellos pueblos, que me perseguían con una curiosidad terrible y que me sacaba de mis casillas, amotinándose a mi paso, me llamaban "La mujer que habla", figura de feria como cualquier otra, y a González lo rebautizaron llamándole "El hombre que la acompaña".

16. Durante la Segunda República la localidad de Campillo cambió su nombre por el de Salvochea, en honor del alcalde y anarquista gaditano Fermín Salvochea.

17. La comarca minera onubense fue un importante centro anarquista durante los años treinta. En la fecha en que Montseny la visitó, en Nerva existían al menos cuatro grupos faístas. (*Rebelión, Ideal, Libertad y Luz de Acracia*). Además, funcionaban otros en Riotinto (*Cero*), Salvochea, Zalamea la Real y Valverde del Camino.

Cruzábamos los pueblos seguidos de una chiquillería espantosa, apareciendo por las esquinas tropeles de gente, aullando:

-¡Ya vienen, ya vienen! ¡La mujer que habla y el hombre que la acompaña!

En Valverde del Camino acabé la paciencia, el humor y los estribos. Pasaba aquello de la medida y me hallaba yo ya en el fin de mis fuerzas. Mi natural alegre estaba ahogado por el cansancio moral y físico.

Menos mal que González, chistoso como buen andaluz, sacaba partido de las aventuras, haciéndome reír a sus expensas. Además de "El hombre que la acompaña" le saqué yo otros "alias" pintorescos, desde Ramper a "El Caballero de la Triste Figura", justificado éste por una irritación a la vista que le hacía llorar continuamente, sugiriendo, como yo decía, la idea de un viudo inconsolable.

Otro de los menudos accidentes de mi estancia en la comarca de Riotinto era el piso, el especial procedimiento de adoquinado, que me destrozaba los zapatos y los pies. Tenía que hacer equilibrios sobre las puntas de las piedras, colocadas de canto, maldiciendo a los moros, autores de la idea urbana.

El viaje del domingo a Salvochea y a Zalamea me mostró una parte de aquel infierno capitalista. Cruzamos las minas, contemplando las cortas en el borde de la carretera que va de Nerva a Huelva, pasando por todos los pueblos de la cuenca.

Los que me acompañaban, mineros todos, aparte González, me iban ilustrando con datos y anécdotas. Recuerdo la impresión que me causó el relato de un hundimiento en la contramina, en la cual hallaron la muerte varios hombres. Pero lo que más me emocionó fue la narración de la agonía de uno,

sepultado y muriendo ahogado a la vista de sus compañeros, que nada podían hacer para salvarle.

¡Oh, cómo recuerdo también la impresión que me produjo el agrietamiento de la tierra, que las minas van socavando, derruyendo las casas, los pueblos, como si por ellos pasaran terremotos.

En Mesa Pinos, en Alto de la Mesa, en La Atalaya, a simple vista aparecen los boquetes abiertos en el piso, el lento horadamiento del terreno, con las entrañas violadas.

No hay ni un árbol, ni una fuente en toda la comarca. El agua es pestilente, con gusto y olor de vitriolo y de azufre. En lo alto de las colinas se extienden los sanatorios y los cementerios.

¡Tristeza indecible de estos cementerios, osarios de los mineros, última etapa de su trágico viaje a través de una vida que la iniquidad social, la explotación del hombre por el hombre han convertido en un infierno! La circumference de estas existencias, de la existencia general de estas multitudes de parias irredentos, va de la cuna mísera, en el fondo de las casuchas de los mineros, hasta esa tumba blanca bajo el sol, sin flores, que apenas crecen allí, pasando por el calvario de las minas, que va destrozando los pulmones, envenenando de tóxicos la sangre, destruyendo a los hombres en plena juventud, hasta que los sanatorios, creados por los don Juanes de Robres, les recogen hechos un pingajo para amortajarlos y llevarlos al cementerio, que está -¡casualidad espantosa!- a la vera de ellos.

Aún sin trabajar en las minas, por el aire y el contagio, la muerte por tuberculosis es espantosamente frecuente en la comarca. Las pleuresías se multiplican y los pobladores de los pueblos

mineros aceptan, con trágica indiferencia, con dolorosa sumisión al destino, todo esto.

Sólo de vez en cuando se permiten escapadas a la montaña, al campo, muy lejos de las minas, que van devorando el monte. Vuelven de allí renovados, saneados, cargados de oxígeno, que el carbono de las minas vuelve a devorar prontamente. El día que yo marché de Nerva salió de allí para fuera, entre otros, Cordero, sobrino de Bernardino, el corresponsal de toda la prensa obrera y libertaria en Nerva.

Muchacho joven, robusto, que la mina va agostando. ¡Cuanto daño me hacía esa tos, sacudiendo el amplio pecho, poniendo rosas en sus mejillas curtidas por el sol andaluz y el aire de la contramina!

El pobre Coronado ha sido también una víctima de ellas. Y todos. Si marchan de allí, se salvan. Si permanecen en aquel infierno, el fin, acelerado por el alcohol, consuelo de la miseria, pobre y venenoso compañero de las humildes penas, no se hace esperar mucho.



El acto de Nerva fue un éxito rotundo. En Salvochea, antiguo feudo socialista, fue otro éxito.

¡Oh, cómo hablar del entusiasmo de las mujeres de Salvochea, de su fervor ideal, de la lucha con los socialistas, modernos caciques de aquella comarca, al servicio del capitalismo colonizador inglés, de la cual ellas son las heroínas!

Hay una diferencia entre Salvochea y Zalamea. En Salvochea existe un núcleo poderoso de afiliados a la C.N.T. con local propio, activos y entusiastas,

aureolados de la simpatía popular. En Zalamea actúan valerosamente, en medio de la hostilidad general, un puñado de camaradas, luchando a brazo partido con los de la U.G.T., feudales del pueblo.

Todas las calles llevan nombres socialeros: calle de Indalecio Prieto, de Julián Besteiro, de Carlos Marx, de Engels, de Largo Caballero, de Saborit, mezclados con Azaña y Alcalá Zamora.

En Zalamea, en la Plaza de Toros desarrollé el tema "Los traidores del proletariado". Estaba colérica por el ambiente hostil del pueblo, por la risilla de los social-fascistas, contemplando el paso de los camaradas forasteros venidos de diferentes pueblos de la comarca, con las manos en los bolsillos del pantalón.

Di un ataque a fondo al socialismo, hablando con una rapidez vertiginosa, vomitando palabras como ni yo mismo sé. Historié sus traiciones, sus bajezas, su ruindad, los crímenes cometidos por ellos contra el pueblo español, atacando con violencia a la República. El delegado me interrumpía a cada paso. Pero caldeado el ambiente por mi fuego iracundo y por el sol que caía aún aplomado sobre la Plaza de Toros, el público se mostraba dispuesto a arrojarlo abajo de lo alto del tendido donde estaba instalada la tribuna. El pobre hombre, que no se había visto en trance parecido, optó por callar, viendo que me servía, furiosa como estaba, no de contención, sino de estimulante.

Terminó el acto sin más consecuencias y habiendo hecho lo que buenamente podíamos. González, por su parte, trinaba por una hoja que habían hecho circular contra él los socialistas, calumniándole miserablemente. Retó a los calumniadores a que probasen lo que decían o a que dieran tan sólo la cara y nadie dijo: Esta boca es mía.

No llegamos, en Zalamea, a lo que nos ocurrió en La Arboleda¹⁸ durante mi excursión por Vizcaya. Pero es terrible ver de qué manera allí donde hay la influencia socialista se castra el espíritu revolucionario del proletariado y se consigue aborregar a los hombres.



El lunes fui a dar una conferencia en el Círculo del Valle, morada de los empleados ingleses y españoles de las minas. Acudió a ella toda la burguesía riotintana, empezando por el alcalde. Hablé en anarquista como siempre hablo, sacando las consecuencias revolucionarias consubstanciales a mis ideas y a mi propaganda. La curiosidad de aquel mundillo, más disimulada que la popular, pero igualmente viva, se sació, agotando comentarios alrededor de mi conferencia y de mi persona. Los mineros sonreían, llenando también el Círculo, contentos de oír el verbo anárquico y revolucionario llenando aquel salón burgués, un poco extrañados de tales ecos.

Continuaré la narración de esta jornada por la comarca de Riotinto. El martes recorrimos en auto parte de la enorme cuenca minera y hablé de nuevo en Nerva.

18. Hace alusión a los incidentes que le sucedieron en esta localidad vizcaína durante un mitin durante el que fue apedreada por militantes socialistas.

IV. EL METAL DE LOS MUERTOS

4 DE NOVIEMBRE DE 1932

El martes por la tarde y el miércoles por la mañana recorrimos las minas. Me acompañaban un grupo de camaradas mineros e hicimos el recorrido completo a las cortas, en un auto.

¡Qué impresión inolvidable guardo de todo esto! Vi de cerca lo que era la existencia en las minas, la extracción y el enjuague de los minerales; del modo que se extrae el cobre de entre el hierro y el azufre; la purificación de los metales; su cribado y su ebullición en las fraguas gigantescas, que vomitan humo sobre Riotinto, como cráteres de furiosos volcanes.

El agua es el gran auxiliar de este trabajo semiprimario de los mineros, tan simple como cruento.

Recorrí todas las minas hasta donde nos permitía la prohibición de la compañía inglesa, celosa de que ojos profanos no violen el secreto de iniquidad de esta explotación monstruosa, que llena de oro las arcas de Albión y que devora la vida de muchos miles de asalariados españoles.

¡El metal de los muertos! Como cada perla es una vida humana; como cada chal de Cachemira es un poema de dolor y de lágrimas, cada bloque de pesado cobre simboliza una víctima, una tragedia.

Los mineros, familiarizados con esa visión de cada hora, de cada día, de cada año, de cada vida, no sienten

la impresión violenta de que experimentamos nosotros, los que franqueamos por primera vez los umbrales de este infierno de explotación burguesa. Lo inhumano de este trabajo ímprobo, mortífero, ellos, que son víctimas de él, no lo sienten como nosotros. Las mismas compañías extranjeras que en otros países facilitan a los mineros todo género de facilidades para defenderse los gases, en España, país que se coloniza, en el cual los gobiernos y los caudillos socialistas son servidores fieles de los intereses del capitalismo británico, los obreros se ven tratados con descuido. Allí donde cae uno otro ocupa su puesto. Es más cómodo aquí el enriquecimiento de los feudales modernos, que en los países civilizados.

No puedo hacer más, en estas memorias volanderas de un viaje, que consignar impresiones y sucesos. Sin embargo, las minas de Riotinto, sus procedimientos de extracción, su producción y sus posibilidades de incautación por las masas explotadas, merecerían un volumen. El pobre Coronado me prometió facilitarme una estadística detallada de la producción y algunos estudios interesantísimos sobre la topografía de las minas y los métodos de trabajo. Al caer en cama, de la que no se levantó más, todo esto quedó en proyecto.

Recuerdo las veces que pregunté a los camaradas:

- ¿Vosotros os sentís capaces de apoderaros, en un momento dado, de las minas y os creéis con fuerzas y con conocimientos prácticos suficientes para que las cortas continúen funcionando y los altos hornos también, aún faltándoos los ingenieros, los técnicos, los encargados?

- ¡Ya lo creo! -me contestaban-. Esto marcha solo. Es mucho más simple de lo que parece y la sola especialización en el trabajo alcanzada por nosotros

nos da la seguridad plena de que nosotros mismos organizaríamos mejor de lo que está la tarea y la distribución de materias.

Guardo memoria grata también de la hora pasada en la Venta de Anaya, entre un grupo de andaluces rivalizando en un pugilato de chistes. Coronado, al que yo prohibía las bebidas alcohólicas y obligaba a comer maternalmente, tenía buen día y fue el héroe de la jornada de chascarrillos.

¡Qué horrible calor pasé el miércoles por la mañana, al recorrer el otro lado de las minas, contemplando, desde lo alto de La Atalaya, la enorme corta que a sus pies se extiende! Quisimos sacar algunas fotografías de las minas y no pudimos, porque los guardas, perros al servicio de la compañía inglesa, nos daban el alto tan pronto nos veían buscar un lugar estratégico y sacar la máquina. ¡Qué no dice este interés de los explotadores, de los negreros modernos, en que el mundo no conozca el infierno donde extraen la sangre del pobre, devoran la existencia del esclavo contemporáneo!



Estaba ya a la mitad de la jornada. El miércoles por la noche, de vuelta González de Huelva, a donde tuvo que ir a responder de un proceso por unas palabras pronunciadas en el mitin celebrado en Nerva, unos meses atrás, por él, Calderón, Mendiola y García Oliver, si no me equivoco, salimos en un paseo por los alrededores, celebrando una especie de jira nocturna.

No hablaré de ella, porque sobrevino algún incidente desagradable, motivado en la falta de costumbre de los andaluces a estas fiestas y a la

sana promiscuidad de los sexos, familiar para nosotros en Cataluña. Los hombres, como las mujeres, sufren aún poderosa influencia morisca. Nuestros juegos fraternales, la alegría de nuestras jiras, en donde la salud moral liberta todas las acciones, sintiéndonos todos iguales y todos niños, no es posible que aparezca de pronto en esta Andalucía moruna, en donde el hombre es celoso, brutal, de instinto posesivo sobre la hembra, y la mujer tímida, preocupada, sometida a unas costumbres y a una moral africanas.

Mis maneras independientes, mi libertad de acción, paseándome sola con los compañeros, viajando sola, saliendo de Nerva en auto con González y los camaradas de la comisión de propaganda y no regresando hasta bien entrada la noche, ¡cómo escandalizaban a las mujeres y a los hombres de Nerva!

Lo mejor que debían pensar es que era "un hombre". ¡Idea que, por lo demás, comparten el cabo López y el jesuita Bueso, amén de alguno más que no conozco...¹⁹ caso de que no la compartan muchos compañeros, demasiado imbuídos de prejuicios ancestrales, para los que una mujer libre, en su conciencia y en su vida, que ignora el miedo y para la cual las preocupaciones sociales son letra muerta, es un fenómeno reñido con la feminidad y de carácter

19. Se refiere a dos destacados cenetistas que o habían abandonado las filas cenetistas, como Bueso, o formaban parte al grupo de moderados que por esos días encabezaban la escisión de algunos sindicatos. Juan López, se trasladó desde Barcelona a Huelva, donde consiguió que la mayoría de los sindicatos abandonaran la CNT para integrarse en los Sindicatos de Oposición. La referencia al grado militar, puede tener relación con la pertenencia a la guardia civil del padre de López.

anormal y sobrehumano! ¡Qué le vamos a hacer! ¡Paciencia!

El lunes por la noche emprendimos un viaje heroico a Campofrío, recorriendo de noche y en un autobús lleno de compañeros todo el país de Sísifo. El pantano de Campofrío, que es el embalse colosal que provee de agua a las minas, sugiere la idea de un mar fabricado por los hombres, con riberas artificiales y una playa de cemento.

En Campofrío, en gracia a mi cansancio, después de dos días que representaban tres conferencias, se organizó una especie de mitin, en el que hablaron González y un joven compañero de Nerva que promete, llamado Pardeza, amén de la que esto escribe.

Si hubiera debido llenarse el modesto local de los trabajadores de Campofrío, aviados habríamos estado. Es aquello otro feudo socialista. Pero antes de las siete de la tarde Campofrío ya se había llenado de grupos de compañeros de La Atalaya, de Alto de la Mesa, del Valle de Riotinto, de Salvochea, de Zalamea, etc.

¡Admirables, buenísimos camaradas todos! Hubo quienes, si di doce conferencias durante los nueve o diez días de estancia en la comarca, las oyeron todas, siguiéndome de una a otra, constantes y abnegados, andando largas caminatas de un pueblo a otro. Pensaba, viéndolos, en aquellos camaradas de Ortuella, de Gallarta, de Somorrostro, en Vizcaya, que realizaban también viajes a pie de dos y tres horas para acudir a mis conferencias.

Y pensaba en esa magnífica, en esa espléndida levadura de bondad, de nobleza, de abnegación sencilla del alma popular, levadura de la cual se han ido valiendo, de época en época, todos los farsantes, todos los caudillos, todos los falsos redentores, Mesías

engañosos como son todos los Mesías que no dirigen al pueblo la palabra santa de una redención que ha de hacer cada hombre por sí mismo y en sí mismo.

El jueves di en Nerva la conferencia del Ateneo Libertario, magnífica de público, y en la que gané definitivamente la simpatía del pueblo. Desarrollé un tema que me es caro: Demostrar la capacidad del proletariado para organizar por sí mismo una sociedad basada en el trabajo y la libertad. Creó que fui elocuente con sencillez y que todo el mundo salió del local convencido de que el día que quisieran, el día que se coordinara un movimiento de conjunto, todo el orden social sería transformado por los productores, asumiendo las masas, por medio de las asambleas populares, la dirección de sí mismas y siendo ellas las constructoras del mañana de la revolución.

Para el viernes se estaba proyectando un viaje maravilloso: una visita colectiva a la Gruta de las Maravillas, de Aracena, lugar de ensueño, prodigio natural, sólo comparable a las Cuevas del Drac, en Mallorca, y a las cavernas del Harz, en Alemania. Tenía que pronunciar una breve conferencia por la mañana en el Centro Obrero -U.G.T.- en el descubrimiento del retrato de Anselmo Lorenzo²⁰ (trajo cola larga el famoso asunto) y por la noche otra conferencia en Nerva, organizada por el Ateneo Popular.

Reservo las maravillas de las grutas y los conflictos de la inauguración del retrato de Lorenzo para un próximo artículo, que será quizá el último de mi estancia en Nerva. Después otra vez Sevilla, Málaga, la bella, y esa brava y generosa Granada de la que he vuelto enamorada.

20. Anselmo Lorenzo, figura mítica del movimiento libertario español. Uno de los fundadores de la Internacional y autor de *El Proletariado Militante*.

V. LAS MARAVILLAS DE ARACENA

MIS ÚLTIMOS DÍAS EN RIOTINTO

11 DE NOVIEMBRE DE 1932

El viernes por la mañana, mientras acabábase de contratar el autobús que debía llevarnos a las grutas de Aracena, estaba yo comprometida a pronunciar unas palabras en la colocación del retrato de Lorenzo en el Centro Obrero ugetista.

Hacía ya cuatro días que me iban a la carga por este asunto. Primero solicitaron una conferencia. Veíanse obligados por una mayoría de socios que la pidieron por escrito a la Junta, y, a pesar de que una parte de ugetistas decían horrores de mí y de los anarquistas, el reglamento obligaba a la Junta a solicitar el acto. Yo me remití, según mi costumbre, a lo que decidieran los compañeros de la Federación Local de Grupos Anarquistas que disponían de mis destinos en la comarca de Riotinto. Al principio, ofendidos por incidentes anteriores, negaron en redondo mi concurso. Coronado era el más enérgico en la negativa. Pero tanto nos marcaron a ellos y a mí, pidiendo ya sólo que pronunciara unas palabras al descubrirse el retrato de Lorenzo, que el jueves por la noche Coronado me dijo:

-Mira, al fin hemos accedido, pero no hables más de 15 o 20 minutos.

-Palabra. Y reloj en mano.

Más el zafarrancho interno que la junta quería evitar, consiguiendo que yo hablara en el Centro

Obrero, para que luego no les acusaran a ellos los socios -hay muchos compañeros anarquistas que militan allí en la U.G.T., fieles a una consigna común en los lugares donde hay posibilidades de llevar los Sindicatos afectos a la Unión a la C.N.T.²¹- el zafarrancho, repito, se produjo en el otro sector.

El jueves, después de cenar, vino un compañero a decirnos que en el Centro los socios habían llegado a las manos, discutiendo alrededor de si hablaría o no hablaría en el local socialista. Los adeptos a san Paulino²² juraban y perjuraban que no hablaría, aunque fuese a costa de arrojarnos a puñetazos a mí y a los compañeros que me acompañasen y a la Junta que se hacía juguete de la maniobra de los anarquistas.

Los ánimos muy caldeados, prometían una jornada divertida. De buena mañana -estaba yo aún vistiéndome- compareció en casa de Coronado, el presidente del Centro, para pedirme que me ciñera en mi charla a una estricta biografía de la vida y de la obra de Lorenzo, para evitar incidentes dolorosos. Le prometí que me limitaría a una biografía estricta, pensando que en la biografía y en el hecho de estar colocada frente a Lorenzo una fotografía de Pablo Iglesias tenía yo tela bastante para hacer de las mías.

Emprendimos, la marcha hacia el Centro. Coronado, González y un grupo de compañeros más. Y al llegar frente al local salieron el presidente y el secretario, pidiendo a González que, por su honor y su caballerosidad y para evitar un día de luto a Nerva,

21. Posiblemente se refiera al acuerdo que se adoptó en el Pleno Nacional de Regionales celebrado en febrero de 1930 en el cual se decidió el plan reorganizativo de la CNT en base a diferentes modos. Uno de ellos era al que hace referencia Montseny.

22. Es Pablo Iglesias cuyo auténtico nombre era Paulino.

no entrase en el local, que los ánimos estaban muy excitados y que temían ocurriese algún incidente doloroso.

Yo no sabía si enfadarme o reír. El local estaba de bote en bote y yo luchaba entre la idea de negarme a dar la charla, si no venían conmigo mis compañeros, y el pensamiento de que creyeran que tenía miedo de arrostrar un peligro, no importaba el que fuese. Al fin González y los camaradas que no eran socios, aparte dos de la comisión, decidieron quedarse fuera, puede calcularse con qué ánimos, y yo entré en el Centro.

No sé porqué, tenía unas ganas locas de reír. Antes del descubrimiento del retrato, seguramente pensando en el efecto sedante y dulcificador de la música sobre las fieras, un notable compositor nervense tocó una sinfonía de Beethoven. Yo estaba sentada cerca de una de las ventanas que daban a la calle y veía desde ella el grupo de camaradas desterrados, mezclados con el público que no cabía en el local. Veía el rostro alegre de Arrierillo -ahora preso en la cárcel de Huelva, bravo y simpático muchacho- y me entraban unos deseos locos de reír. Torcía la boca y volvía la cara afuera, riendo Arrierillo más al verme y contemplando los esfuerzos que hacía por contenerme, teniendo conciencia de lo extemporáneo de aquella risa.

Al fin acabó la sinfonía y di la charla, hábil y certera, diciendo de Lorenzo lo que tenía que decir y estableciendo un parangón entre él e Iglesias, del que salió muy mal librado el segundo. Hablé 20 minutos justos y no pasó nada, acabando con una afirmación de anarquismo y una salva de aplausos.

El Presidente, al fin fuera de apuros, se deshizo en excusas cerca de González, el barbero de Nerva, hacía quien sienten los socialistas odio mortal, y

nosotros emprendimos la marcha hacia Aracena. Debíamos comer en Alájar, cerca del antiguo refugio de montaña del famoso Arias Montano²³ y de una fuente también célebre y propensa a los chistes: Dícese que el hombre que bebe de esa agua milagrosa, cambia sospechosamente de aficiones de sexo.



El viaje y la comida fueron deliciosos.. Contemple la inmensidad de las posesiones de la familia Sánchez Dalp²⁴, poseedora de la mitad de la provincia de Huelva, y me di cuenta una vez más de lo que es el problema agrario en Andalucía, sólo solucionado por medio de una revolución social inminente y que rebasa de arriba abajo todos los cimientos de la sociedad burguesa.

Estábamos lejos del infierno de las minas. El aire era puro, oxigenado por los grandes bosques, y el auto, repleto de camaradas, recorría velozmente valles, pueblos y montes.

¡Cómo hablar, en una breve crónica de lo que es la maravilla natural de las Grutas de Aracena, prodigio que la mano del hombre no podrá superar

23. Benito Arias Montano destacado humanista español del siglo XVI que asistió al concilio de Trento y fue acusado por la Inquisición. Nacido en Fregenal de la Sierra (Badajoz) buscaba la tranquilidad de estos parajes a los que acabó dándole su nombre.

24. Una de las más importantes familias latifundistas de Andalucía. Criadores de ganadería brava fueron acusados de ser uno de los responsables, junto con otras grandes familias de la región como los Alba, Torrenueva, Luca de Tena o Ibarra, de la crítica situación social andaluza.

jamás! Sugiere aquello el cuadro maravilloso de la fantástica noche de Walpurgis, del drama goethiano²⁵; el agua, por obra y gracia de los siglos, despliega allí tales fantasmagorías, un esplendor poético tan extraordinario, que sólo la exuberancia lírica de un Víctor Hugo podía describir esas entrañas vivas, preñada de arte y de muda existencia ciclópea.

Las estalactitas y las estalagmitas, descendiendo y ascendiendo, jugando con la luz y con los lagos que yacen en el fondo de las grutas, realizan lo más fantástico y lo más extraño. Cada enorme paraje de estas grutas, realizan lo más fantástico y lo más extraño. Cada enorme paraje de estas grutas, que necesitan dos horas para ser recorridas, lleva un nombre: La sala de los Desnudos; la de la cristalería de Dios; la de los Mantones de Manila; la de las Pieles; la de la esmeralda; el baño de la Sultana -oh, algo supremo, en el que el agua acaba de completar, líquida, la maravilla de las estalactitas, formando un baño de ensueño!- Es imposible recordarlo todo, hallar palabras para describirlo todo.

Recorriamos abrumados, estupefactos, como embrujados, esta gruta maravillosa. No he visto las cuevas del Drac, en Mallorca. Supongo que son tan bellas como éstas, pero más no pueden serlo. Aracena está lejos, pero hollada por los turistas, descubierta no hace mucho y arreglada por el capricho de un

25. Referencia a la escena en la que Fausto vende su alma al Diablo y que el autor Alemán la situó en un marco que a la Montseny le recuerda grutas como las de Aracena o el Drac.

aristócrata que dedica a su embellecimiento todo lo que se gana en la exhibición pública²⁶.

El agua, al congelarse, adopta las más extraordinarias, las más caprichosas figuras. Forma verdaderos bustos humanos con los atributos de cada sexo perfilados de manera alucinante. La llamada Sala de Dante tiene en su fondo un bloque, que evoca de manera prodigiosa la alta silueta de Dante, inclinado hacia el Averno, que Virgilio le muestra²⁷. Hay otra que sugiere la imagen formidable de un león, avanzando hacia el que entra, de tal forma que, si estamos distraídos, tenemos un sobresalto.

Todos los colores matizan el blanco deslumbrante de las estalactitas, desde el rosa tierno, color de carne, hasta lo glauco del agua esmeraldina que duerme en el fondo de las grutas. Me decían los camaradas mineros que algo tan bello como esto es la contramina, la entraña honda de la tierra, a la que ellos bajan cada día. Pero allí falta esta fantasmagoría de la luz, que juega aquí con los colores y que puebla de imágenes poéticas estas cavernas de maravilla. Hay allí los elementos trágicos que dan a la contramina su contorno de Averno. Este baño de la sultana, muelle y dulce, con esta mole blanca y rosa que evoca el cuerpo desnudo de una mujer saliendo del agua; estos puñados irisados de flores de roca; rocas diminutas, jazmines pétreos; hojitas fabricadas

26. El aristócrata de que habla es uno de los Sánchez Dalp que se dedicó a promocionar la localidad onubense. Entre otras actividades llevó al famoso arquitecto Aníbal González para edificar el Ayuntamiento y el Casino. Además, logró que Alfonso XIII visitara las grutas lo que originó que la atención de la opinión pública se desplazara hacia allí.

27. Se trata del Infierno de *La Divina Comedia de Dante*. En ella, el poeta latino Virgilio guía al poeta en su recorrido por el Averno (Infierno).

por el agua que se hiela, ¿donde hallarlos?

Salimos del fondo fresco y sombrío de las rocas, conmovidos y deslumbrados por la luz solar que no holla estas entrañas de la tierra:

- ¡Qué maravilla, una noche vivida aquí abajo; una noche de tormenta, oyendo mugir al trueno arriba, sintiendo estremecerse la tierra, avivarse la inmovilidad de estas rocas marmóreas, poblarse de imágenes la negrura y de rumores el imponente silencio! ¡La noche de Walpurgis, aquí vivida, en el seno inviolado de esta tierra, desafiando las supersticiones que han defendido, durante tantos años, a estas cavernas como defendieron las del Harz²⁸ en Alemania, hasta que un rudo campesino, Baumann, osó penetrar en ellas y explicar al mundo su prodigio! Goethe las visitó y de ellas hizo el marco de su noche famosa, la noche decisiva en la más eterna de sus obras: aquella en que el Hombre vende su alma al Diablo, para adquirir la Juventud y conquistar con ella a la Mujer, símbolo del genio de la Especie y de la desesperada ansia de inasible eternidad del ser humano



Marcho ya de Nerva. El viernes por la noche hablé en el Ateneo Popular y el sábado dimos dos actos más, en Zalamea y en Salvochea. El domingo debía celebrarse el mitin de clausura, que no autorizó el gobernador de Huelva por un desgraciado incidente

28. Las cuevas de Harz están situada en el macizo montañoso alemán, de igual nombre, que se extiende desde la Baja Sajonia hasta Turingia. Según antiguas tradiciones del país en él, sobre todo en el monte Blaksberg, se celebraban aquejarces.

que sobrevino y del que no quiero hablar porque dos compañeros están entre rejas, víctimas de él. El lunes di una conferencia en Valverde del Camino y el martes por la mañana salí de Nerva para Sevilla otra vez.

¡Con qué emoción me despedí de Coronado, ya en la cama, de la que no había de levantarse más, sintiendo que no le volvería a ver; de su compañera, también enferma; de todos los buenos amigos y amigas hallados en aquella comarca! Al pasar, a media noche, por Salvochea, de regreso de Valverde del Camino, esperaban el auto en medio de la carretera el grupo de compañeros y compañeras entusiastas de la localidad. Sus saludos conmovidos, su emoción se comunicaba a mí y hubiera querido encontrar palabras para expresarles mi reconocimiento, el afecto sembrado en mí, el buen recuerdo que de ellos me llevé y que perdurará.

Salí de Nerva, despedida por todos, segura de haber hecho una buena labor, contenta de ella, del cariño demostrado y de las posibilidades revolucionarias, de la obra ya hecha en las conciencias, viva y espléndida en el pueblo, que cree en nosotros, que tiene puestas en el comunismo libertario su voluntad de realización inmediata y su sueño de justicia y de libertad muy próximas.

¡No os digo tampoco adiós, oh, no, bravos camaradas, buenas compañeras! Os digo también: ¡Hasta la vista! Y que podamos vernos pronto y realizado ya lo que es el anhelo de vosotros y de vuestros hermanos de Cataluña, de España entera: la Revolución igualadora, la sociedad anarquista, por la que todos luchamos y por cuyo advenimiento damos lo que valemos y lo que podemos.

VI. SEVILLA = MÁLAGA

18 DE NOVIEMBRE DE 1932

Llegué a Sevilla el martes a mediodía. La familia Sánchez Rosa ya estaba de vuelta de Alhama y me recibieron como saben ellos recibir a los compañeros.

Arribé cansada, gastada por los días de propaganda intensiva en Nerva y Riotinto, ronca y algo resfriada. Recuerdo la excelente sopa de hierbas que me hizo la buena Ana, que comí leyendo las cartas de familia que me aguardaban, acostándome después y durmiendo hasta bien anocheado! Cené, charlando con Ana y Sánchez Rosa de todas nuestras cosas y pasando una grata velada.

Al día siguiente salí de compras con Paca Sánchez Rosa, adquiriendo chucherías que llevar a casa como recuerdo de mi estancia sevillana.

Los compañeros de Alcalá de Guadaíra habían organizado una conferencia mía para el miércoles. El gobernador, el fatídico Valera Valverde de la Sanjurjada, no la autorizó tampoco, como no autorizaba ningún acto nuestro en Sevilla. Sin embargo, fuimos allá, dando una charla afuera, a oscuras, en las riberas del río, bello paraje en el que nos reunimos un buen puñado de compañeros y compañeras. Las mujeres de Alcalá son célebres por su espíritu revolucionario, por su actividad tradicional en nuestras cosas, por su entusiasmo.

¡Bello pueblo Alcalá de Guadaíra, blanco y límpido, tendido sonriente al borde del río, que lo envuelve en una herradura de sombra! El castillo avanza sobre el llano, disfrutándose desde él de una vista espléndida.

Tomamos un barquichuelo, navegando veinte deliciosos minutos por verdes aguas, que forman como un lago, rodeadas de vegetación, con un decorado natural de singular encanto.

Pasé en Alcalá un mal rato, con mis pies llagados por unos zapatos nuevos, hasta que me trajeron unas alpargatas, éstas demasiado grandes, y que me caían de las extremidades. Estaba ya repuesta y de buen humor y reímos todos con ganas, haciendo chistes alrededor de las barcas que llevaba en cada pie.

De regreso, estuvimos cosa de media hora esperando el autobús que debía volvernos a Sevilla. Todo Alcalá andaba revuelto con la presencia de "La mujer que habla", y nos asfixiaba una nube de curiosos en la terraza del café donde aguardábamos, tomando un refresco, nuestro democrático vehículo. Los chiquillos, que existen en cantidad fantástica en Andalucía, se metían poco menos que entre nuestras faldas, mirándonos con estupor a Paca y a mí. Paca, graciosa como buena andaluza, exclamaba:

- Qué lástima, que no nos hayamos llevado al rey Herodes dentro del monedero!

Regresamos a Sevilla a las nueve y media. En los jardines de Murillo nos esperaba un grupo bullicioso de chiquillas, compañeritas convertidas en heroínas del mitin republicanosocialista reventado al grito de: "¡Que vuelvan los deportados!". Me presentaron a la que más se distinguió en la jornada, que quedó

completamente ronca, brava y simpática muchacha. Ella y la novia de Arcas se portaron como buenas, encarándose directamente con Margarita Nelken²⁹, que, indolente y despectiva, las desafiaba con su ademanes de "gata regalona".

Nos sentamos en un banco frente a una murmurante fuente, mientras Paca iba a buscarme los zapatos viejos que tenía en casa de Sánchez, y unos melones que habían de colorar una original cena. Estuvimos allí hasta que regresó, charlando de todo lo humano y lo divino, hasta el hambre andaluza, que nada tiene de divina ni de humana.

Cuando regresó Paca, la pobre, incansable y afectuosa siempre, nos separamos, dirigiéndonos las dos damas que quedábamos y los dos caballeros que nos acompañaban -Jiménez y un pintor granadino, hombre de mucha cultura y agradable trato- a realizar una cena de chicos que hacen "novillos". Compramos pescado frito en una freiduría y con nuestros melones nos dirigimos a la Casa de la Viuda, restaurante popular donde había cenado ya otra vez, al pasar por Sevilla yendo hacia Nerva. Combinamos una cena caprichosa a las once de la noche, bien dadas, hechos unos bohemios. Después deambulamos por Sevilla, hasta las dos o las tres de la madrugada, esta vez siendo el granadino el cicerone, y deteniéndonos ante cada casa, cuya historia me contaba, dando muestras de erudición prodigiosa. Desde la calle de la Susona, con su sangrienta historia de amor y de barbarie, hasta la

29. Española de ascendencia alemana, fue elegida diputada del PSOE por Badajoz en las tres legislaturas republicanas. Miembro del sector caballerista acabó afiliándose al PCE. Murió en Méjico, tras una estancia en la Unión Soviética.

casa del Candilejo y la cabeza del rey don Pedro³⁰, hice un curso completo de leyenda y arqueología sevillanas.



A la mañana siguiente, acompañada de Sánchez Rosa, fuerte y animoso siempre, de su compañera, tipo espléndido de mujer andaluza, leal y fiera, corazón y nervio, y de su hija menor Felicidad, sevillana de pura cepa, me dirigí a la estación y abandoné por segunda vez Sevilla, camino esta vez de Málaga.

¡Cómo recuerdo el momento vivido, en la estación, hablando con el padre de Troyano, preso en la cárcel de Barcelona, por cuya suerte estaban inquietos sus buenos viejos! El padre de Troyano es un viejecito arrugado, valiente, que gana su vida vendiendo pastelillos, de los que me atiborró con una generosidad que me conmovía y me sublevaba, porque sabía que son su vida, valerosamente conquistada, lejos y preso entonces el hijo.

Iba ya rumbo a Málaga, última etapa de mi viaje. Estaba indecisa, no sabiendo si ir o no a Granada, a pesar de las cartas insistentes de los amigos de allí, que me seguían de Nerva a Sevilla, animándome y conminándome para el viaje. Sánchez y el granadino

30. Son tres populares leyendas que forman parte de la mitología de la ciudad. La primera trata de una joven judía que sacrifica su vida por su fe cristiana. Las otras dos son versiones de un mismo hecho: el duelo que sostuvo el rey Don Pedro con el marido de una amante suya, y el cumplimiento de sus propias leyes de ejecutar a los duelistas. En su caso en efigie de piedra.

me tenían medio decidida, diciéndome que era un crimen pasar por Andalucía y no ver la más preciada de sus joyas: la maravillosa Granada, perla que lloran eternamente los árabes de ella despojados.

El viaje, hasta Málaga, fue bueno y grato. Guardé de él la impresión que me produjo la imponente sierra del Chorro, con su camino del Rey, colgado a mitad de abismos espantosos y hecho con riesgo de muchas vidas, sólo para que el último Borbón de las Españas, pudiera contemplar a sus anchas las obras del pantano³¹.

Llegué a Málaga a media tarde. Me esperaban en la estación numerosos compañeros. De entre ellos, sólo Román Muñoz me conocía por haber estado en casa y en Barcelona.

¡Qué recibimiento afectuoso hallé; como en seguida me sentí rodeada de atenciones y de afectos!

Son tantos los compañeros tratados durante este viaje, tantos y todos buenos, todos nobles, todos enalteciendo las ideas en sus vidas y en sus almas leales, todos formando una falange de luchadores y la avanzada de un mundo más libre, más digno, de una moral superior y con un concepto más alto y más altivo de la vida, que no puedo hacer más que englobarlos a todos en un cariño común, en una gratitud común, en una confianza común, contenta y orgullosa de ellos. Contenta y orgullosa, sí, que este orgullo y este contento han de compartir conmigo todos los que aman las ideas y sienten el placer de verlas honradas y bien representadas en sus hombres, de un extremo al otro de España.

31. Se refiere al puente colgante existente en lo alto del tajo de ese nombre en la provincia malagueña, por donde transcurre la línea férrea.

¡Que ha habido falsarios, farsantes, gente indigna entre nosotros, ajena a la idealidad, pero que la ha deshonrado, manchándola con sus acciones! Sí, es cierto; pero esto no es culpa nuestra y esta presencia intrusa se ve compensada con creces por la de otros, que constituyen una mayoría inmensa, que son los mejores de entre los mejores, los más dignos de entre los más dignos.

De Málaga guardo imborrable recuerdo. Hallé allí un entusiasmo revolucionario, un calor ideal, un ímpetu combativo, tan poderoso en la mujer como en el hombre, como no he visto más que allí y en Granada. Y guardo también la memoria de su ambiente, de su colorido de puerto mediterráneo, su aire napolitano, como yo decía.

Volvía a ver el mar, mi mar, el dulce Mare Nostrum, tan amado de mis sueños: el mar, azul y límpido, que besa los pies de Málaga, como los de Barcelona. El castillo de Gibralfaro, a su derecha, como Montjuich está a la izquierda de Barcelona, acaba de consumir el ilusionismo de identificar a Málaga con la ciudad de los condes.

El bullicio, el griterío, su rumor de puerto, su olor salobre, su cosmopolitismo mezclado a su sabor local andalucista puro, hacen de Málaga una ciudad inconfundible, con rasgos propios, seductores y contradictorios.

No he hecho más que llegar. Me esperan aquí cuatro jornadas ímprobos y fructíferas, que me dejaron deshecha, pero de las que estoy tan contenta como creo quedaron los buenos camaradas malagueños.

VII. MÁLAGA Y SUS MUJERES

25 DE NOVIEMBRE DE 1932

Llegué a Málaga un jueves al atardecer. Aquella misma noche di una conferencia en el enorme local de los Sindicatos, que fue una apoteosis de entusiasmo y público.

Un buen baño de agua fría me puso de nuevo en tensión y en equilibrio; los dos días de descanso en Sevilla aclararon mi voz y curaron mi resfriado. Málaga me recibía, pues, de nuevo con vigor, con la energía y el brío en mí habituales. ¡Ya me los gastaron, sin embargo! Los cuatro días de estancia en Málaga fueron cuatro jornadas sin un minuto de reposo, de multiplicación prodigiosa de mi desgraciada persona. Pensaba sólo dar aquella conferencia -la de mi día de llegada- y partir a la mañana siguiente para Granada. He podido comprobar, por experiencia propia, de qué manera estos planes fallan y cómo mi voluntad, un poco floja cuando de enfrentarme con los compañeros se trata, se convierte en una pelota de gema ante el impulso férreo de los otros, que disponen a su antojo de mí, convirtiéndome en una muñeca parlante. Que lo digan si no los camaradas de Valencia, de donde acabo de llegar y donde se han superado a sí mismos en esa tarea de disponer de mi persona, dejándome medio muerta, de tanto como me quieren. ¡Hay cariños que matan!

Antes de la conferencia, Román Muñoz y Cruzado -¡buen Cruzado, alma de niño, léal y noble, de una adhesión y coraje a toda prueba, en un cuerpo y una vida de hombre probado por todas las rudezas y por todos los azares!- me sacaron a pasear por Málaga. El auto de Román, con el que se gana la vida, nos sirvió de mucho. Gracias a él vi Málaga hasta sus más apartados rincones: su costa maravillosa, sus bellos paseos urbanos, sus alrededores de espléndida vegetación.

Las horas peores para mi eran las de las comidas, sola en el hotel, extraño todo, comida inclusive, y mirada de reojo por todos. Me llamaban "la comunista". Me reía de esto, pasando indiferente frente a las mesas en donde los viajeros, burguesillos venidos a tomar los baños y los turistas iban comiendo y charlando, con frecuencia, de esa mujer sola, pensativa, con un libro junto al plato y a la que venían a recoger grupos extraños de hombres, con los que salía, de día y de noche. Espectáculo cosmopolita, que Andalucía y el que viaja por Andalucía no concibe muy bien, disparándose indudablemente su cabeza por las más exorbitantes suposiciones.



¡Espectáculo magnífico el que Málaga ofreció ante mi vista, en esta primera impresión, la noche de mi conferencia! La presidió Rueda, hijo del ex deportado, inquieto muchacho, entonces maestro de la escuela del Ateneo de Divulgación Social. Pero lo abrumador, lo extraordinario para mí, en este primer contacto con el pueblo de Málaga, fue ver, que, de los miles de trabajadores que abarrotaban el local, más de la mitad eran mujeres.

¡Brava mujer malagueña, la primera en las luchas sociales, entusiastas, generosa, revolucionaria! Me estrujaban, me comían, me dejaban loca a exclamaciones, a gritos, contentas, orgullosas todas de ver ocupada la tribuna, por primera vez en Málaga después de mucho tiempo -quizá fue mi madre la última mujer que pasó por allí- por una hermana en sexo y en ideales.

¡Noche memorable aquella! Los compañeros tenían curiosidad por oírme. Desconfiaban mucho de mis condiciones oratorias, y, asustados ante la avalancha de público, seguramente pasaron más angustias que yo. No soy oradora, pero fui una sorpresa para ellos. Además, cuando veo ese mar ondulante de cabezas ante mi vista, cuando siento transmitirse a mis venas todo el fuego, todo el entusiasmo ambiente, me enciendo y me crezco. Un público frío me anula. No puedo remediarlo. ¡Oh, no son aplausos los que necesito! Los detengo con ademán iracundo, donde se producen. En Andalucía ya no aplauden, como en Cataluña. Es otra cosa: es fuego, que expresa la mirada, ese silencio, que enmudece todas las bocas, que se hace imponente y augusto sobre cuatro, seis, diez, cien mil almas, lo que necesito, lo que me caldea, me carga de electricidad interior y me descarga.

Málaga, con sus mujeres valientes y entusiastas; con sus muchachos anarquistas locos y temerarios, llenos de ardor y de coraje, con un movimiento social, popular, confundido con toda la vida del pueblo, como en Granada y como he visto luego en Valencia, era mi elemento.

Cada una de mis conferencias en Málaga, particularmente la del sábado, dedicada a la mujer y desarrollando el tema "La mujer en la Revolución",

acabaron como preludios de una insurrección. Duraba horas el fuego encendido, el desfile de grupos, cantando por las calles, el hormigueo de gente, comentando a gritos por los barrios obreros, con esa explosividad y esas ruidosas manifestaciones propias del Mediodía. La policía rondaba de lejos, prudentemente el local. Los vivas, esos vivas que de allí he importado, sacudían el espacio. Y los coros de las juventudes Libertarias -¡simpáticos muchachos malagueños!- lo atronaban con las notas del himno anarquista.

El viernes hablé en el Ateneo de Divulgación, en una velada a la memoria de Malatesta. El sábado fue la conferencia *clou*, dedicada a la mujer. El domingo, extenuada ya, hablé por la mañana, en una asamblea; por la tarde en una fábrica de cemento -recuerdo inolvidable también y del que hablaré-, y por la noche en un Pleno de la Federación Local, discutiendo la cuestión de la defensa confederal frente a la ley fascista del 8 de abril³².



El viernes y el sábado por la tarde, salí de paseo, con Cruzado, con Domínguez, con Ortiz -un hércules, tozudo como un aragonés y noble y bravo como pocos- y con dos o tres camaradas más de la comisión

32. La Ley 8 de abril como era conocida vulgarmente, pretendía regular el asociacionismo obrero y patronal. Inspirada en un modelo intervencionista del Estado en las relaciones laborales. La obligatoriedad de acudir a los jurados mixtos y de presentar listas de socios y libros ante las autoridades fueron dos de las razones por las que la CNT la rechazó de plano y, mientras pudo, evitó que sus sindicatos tuvieran que legalizarse bajo sus preceptos, prefiriendo hacerlo bajo la vieja ley de Asociaciones de 1287.

organizadora, cuyos nombres no recuerdo. Por la mañana me quedaba en mi cuarto, escribiendo. El sábado combinamos con Bernardo López y su compañera mi traslado a su casa. En la fonda me habían destinado una habitación faltada de ventilación, y yo, acostumbrada a dormir con las ventanas abiertas de par en par, me levantaba doliéndome la cabeza, mareada y malhumorada.

Recorrí Málaga, desde el Perchel a la Trinidad, desde las cavernas abiertas bajo el castillo de Gibralfaro y donde viven como hombres cavernarios un mundo de hampones y de gitanos, mezclados los chicos en cueros puros con los perros, las gallinas y los cerdos, hasta sus barrios aristocráticos, contraste violento de la miseria popular en Málaga. Por la noche nos reuníamos en "El Gallo", La Tranquilidad de Málaga³³, cuyo dueño, suscriptor de "La Revista Blanca", me hizo probar, a pesar de ser abstemia, una copita de un Málaga añejo y dulce como un Lágrima Cristi.

El espectáculo de Málaga nocturna es algo curioso. Recuerda o evoca una ciudad turca o árabe. Los hombres dormidos por las aceras, como en Estambul o en Bagdad; las músicas nocturnas; el puerto, inquieto e irisado de luces. Luego, la cantidad fabulosa de mendigos, hombres, mujeres, chicos y viejos me identificaba a Málaga con Nápoles.

El obrero vive muy mal, víctima de la crisis económica del mundo entero, en esas enormes aglomeraciones, antihigiénicas, odiosas, de las casas de vecindad y de las grandes urbes. Vive mal, gana

33. Se refiere al bar barcelonés, situado en el Paralelo, que era centro de reunión de militantes libertarios.

poco, y es rebelde, activo, indisciplinado por temperamento, predispuesto lo mismo al bandillaje, que al contrabando, que a la insurrección. Amo a los bandidos, a los contrabandistas, a los cazadores furtivos, a todos los puestos voluntaria y violentamente fuera de la ley y en todos veo la levadura de un espíritu revolucionario que evoluciona y se convierte en conciencia ideal al choque de nuestras ideas. ¡Cómo recuerdo la conversación tenida con Cruzado, en el tren, camino de Bobadilla, hasta donde me acompañó!

He visto tipos interesantes, rudos, aventureros, rebeldes, bravos hasta la temeridad, en esa costa andaluza. Málaga y Granada han mostrado ante mis ojos el tipo grave, altivo, revolucionario, consciente, de un pueblo andaluz que nada tiene en común con la idea que de Andalucía nos formamos. No he visto Córdoba y su provincia, en donde esa gravedad andaluza, esa reciedumbre, ese aspecto reconcentrado y sombrío de las almas adquiere características aún más singulares.



Quería terminar, con una sola crónica, mi estancia en Málaga, obligada a precipitar las cosas y a reseñar sólo lo más interesante por el amontonamiento de nuevos matices que diseñar este fresco de figuras y pueblos, con ambiciones de convertirse en una visión personal de España sacudida, convulsionada, en plena revolución que se incuba y va ganando rápidamente todos los pueblos y todas las conciencias.

Mas no puedo. Málaga es demasiado interesante; fueron demasiados llenos mis cuatros días de estancia allí, para que en una breve crónica pueda relatarlos.

En un próximo artículo, primero de mi estancia en Granada y último de mi paso por Málaga, hablaré de la impresión causada en mi por el espectáculo de La Caleta y la fábrica de cemento que evocó en mí "El Cemento" de Gladkov³⁴, Málaga y Granada van ligadas en mi pensamiento como lo van en su solidaridad. Viví allí horas de emoción, esperando el resultado del proceso de los doce compañeros de Granada que comparecieron por aquellos días ante el Tribunal³⁵. Todo Málaga estaba pendiente de aquel proceso, que, si hubiera terminado con la condena de nuestros camaradas, habría significado la huelga general en Granada e inmediatamente en Málaga, toda dispuesta a lanzarse a la calle según las noticias que por teléfono nos transmitieran desde Granada Pavón y los compañeros del Comité Pro-Presos.

¡Qué ¡hurra! delirante cubrió mi voz y la del compañero de la Local que me lo anunció cuando, al finalizar mi conferencia, a media noche, hicimos saber la absolución de los camaradas granadinos, salvados por la solidaridad proletaria, magnífica, incomparable en Granada, como en Málaga!

¡Brava, generosa Andalucía! ¡Bravos, generosos pueblos, llenos de fe, de entusiasmo, de abnegación fervientes!

34. Federica Montseny está hablando de la novela *El Cemento* (1925) del escritor ruso Fiódor Vasílievich Gladkov (1883-1950). Una de las vertientes de su obra era la exaltación de la relación entre el hombre y el trabajo. De esta temática es la novela a la que se refiere Federica, así como otra titulada *Energía* (1932-1938).

35. Fueron juzgados doce importantes militantes de la CNT de Granada acusados de haber colocado bombas durante la serie de huelgas que se declararon en la ciudad durante marzo y abril. Entre ellos estaban José Alcántara y Evaristo Torralba.

¿Quién, ante vosotros, no se siente optimista, no cree en la Revolución, en la posibilidad de realizar nuestro mes en esta España destinada a abrir una era nueva al mundo?

VIII. DE MÁLAGA A GRANADA

2 DE DICIEMBRE DE 1932

El sábado salimos a realizar un paseo pintoresco. Fuimos recorriendo Málaga y contemplando todos sus conventos incendiados.

En él me acompañó, junto con Cruzado, Domínguez y creo que Ortiz, el viejecito Grima, entrañable amigo de mis padres, de la buena época, del pasado limpio y glorioso, del que estamos tan cerca ¡y tan lejos!

¡Con qué emoción lo recuerdo! Está casi ciego y debíamos cuidar de él, cuando atravesábamos las calles. Estas líneas apenas podrá leerlas, pero alguien se las leerá, transmitiéndole, con ellas, un beso filial de Federica. Para ellos, para los viejos, que todos se sienten un poco más padres míos, yo no soy ni seré otra que Federica. Este Montseny, con los que los demás me designan, ellos, mis varios padres morales -Aquilino Gómez en Baracaldo, el buen Grima en Málaga, Saavedra en Barcelona, como mi inolvidable Teresa, como esa ruina conmovedora que se llama Francisca Saperas- jamás lo pronunciarán. Soy Federica, la que conocieron recién nacida, la que vieron, algunos, abultando el vientre de mi madre. ¡Queridos viejos míos! ¡Oh, cómo mi nombre adquiere indecible dulzura en sus labios secos; cómo me lo hacen querido ellos y cómo sólo con él quisiera ser designada.

En esta crisis furiosa de "juventud" que se cree tal, pisoteando a los viejos, arrinconándolos con

desprecio; ante esta juventud de gesto fascista, brutal y estúpido, aunque se llame ácrata, yo soy una excepción muy mía, muy "tradicionalista" y muy justa: siento la devoción de los viejos, el cariño a los viejos, el respeto a los viejos, la paternidad de los viejos sobre mí y el orgullo de poder sentirme su heredera y su continuadora, la vena racial que transmitirá a las generaciones venideras su ideal y su sangre. Mezquina, ruín, villana juventud la que no siente esta ternura ante los viejos, esta ligazón sagrada con el pasado, padre del presente, padre a su vez del porvenir.

¡Noble, querido Grima! ¡Cuán contento estaba, pagando de su bolsillo, enfadándose porque no querían dejárselo pagar, un vaso de leche que tomé, después de la caminata, sintiéndose feliz por aquella mañana vivida paseando por Málaga juntos! Viejo, con sus ojos sin luz y su paso vacilante, asistió a mis conferencias. Vivía muy lejos del local y tenían que acompañarle a través de la noche y del tránsito.

Grima es medio siglo de actividad anarquista, de fervor, de entusiasmo, de fe, de juventud de alma, pura y fragante, emocionadora y tierna como una flor o un niño. Es todo un pretérito de austeridad y de abnegación, de luchas cruentas y de heroísmo militante. Fue íntimo amigo de García Viñas³⁶, entrañable de Mella, grande, incondicional y lealísimo de mis padres.

36. Nacido en Málaga. Activo aliancista, y médico, participó en el cantón de Barcelona de 1873. Asistió como delegado español a los congresos de Ginebra (1873), Berna (1874) y Verviers (1877). Fue miembro de la Comisión Federal de la Federación Regional Española en 1875, 1877 y 1879. Director de *La Revista Social* desde 1874 hasta 1880, año en el que por discrepancias personales y con la línea de acción seguida, se retiró. Ejerció como médico en Melilla hasta su muerte en 1931.

¡Noble, querido Grima! Volveremos a vernos. Por febrero o marzo pasaré de nuevo por Málaga. Y tú estarás aún vivo, aún joven de alma, aún llama viva y recuerdo imperecedero de un pasado que es nuestro tesoro, vuestra herencia, nuestra cuna y nuestra causa.



Estas notas son desordenadas. No hay en ellas ningún orden y paso de un día a otro y vuelvo a repasar caprichosamente. Soy incapaz de someterme a disciplina alguna y gusto incluso de este desorden de notas y de pensamientos.

El domingo, como indicaba en mi artículo anterior, fuimos, en una breve escapada, a pesar de mi cansancio, después de haber hablado por la mañana en la Asamblea del transporte, a la Caleta y a la fábrica de cemento que allí cerca hay. Colonia parecida a la de Moncada, en Barcelona, pero que me causó singular impresión, quizá por las mismas circunstancias que rodearon el viaje, por la precipitación de él, por el aspecto del local donde nos esperaban los compañeros y la gente. Pequeño para acogerlos a todos, en el que nos asfixiábamos de calor, como el viernes por la noche en el Ateneo de Divulgación Social durante la velada en memoria de Malatesta. Muñoz no se sintió con fuerzas para entrar, diciéndome:

- ¡Vas a dar la charla en la fragua de Vulcano!

Ciertamente. Jamás he pasado un calor tan horrible como allí.

¡Cómo recuerdo la impresión que me causaron aquellos ruidos obreros, de semblantes curtidos, de manos ásperas, de ojos atentos y anhelantes!

No sé por qué, me sentí transportada a Rusia; me pareció que aquella fábrica revivía ante mis ojos, realizaba en España la epopeya de "El Cemento" de Gladkow. Y toda mi charla versó sobre el "El Cemento". Más que una charla, fue un diálogo. Yo hablaba, contando el símbolo de la obra y la lección que hemos de extraer de ella, y además preguntaba. Ellos respondían, con monosílabos ardientes. Recuerdo que les pregunté:

-¿Os sentís vosotros con fuerzas para echar a andar la fábrica, para hacerla producir, toda en vuestras manos, unidos todos para el común trabajo, libres todos asumiendo colectivamente la responsabilidad de la producción y de la vida? ¿Os sentís seguros de no dejaros arrebatrar la libertad que conquistaremos todos con la revolución y que habremos de asegurar y de defender cada uno, herramienta y arma al brazo? ¿Estáis bien seguros de impedir, vosotros mismos, con vuestra acción y vuestra conciencia propia, que un nuevo Poder se erija sobre el Estado destruido; que alguien o algunos, en nombre de no importa qué, intenten convertirse en nuevos amos, en directores vuestros, en acaparadores de los productos, de los útiles de trabajo, de los hombres libres sobre la tierra libre? ¿Habéis comprendido la lección desprendida de este libro que os he contado y de todas mis palabras? Hemos de hacer la revolución nosotros, los productores. Una revolución que liberte el trabajo, que liberte al hombre, que liberte a la tierra, que liberte a la vida. Una revolución que asegure la igualdad de todos, la libertad de todos, en el reparto equitativo de los derechos y deberes; una revolución que sustituya todas las leyes por el principio del Pacto mutuo, del Libre Acuerdo; que establezca el comunismo libertario, que realice la

sociedad anarquista, destruyendo el Poder y poniendo todas las riquezas naturales a disposición de todos los hombres.

No sé cuántas cosas dije más. Y sus "¡Sí!", cerrados, fogosos, unánimes, coronaban cada una de mis preguntas. Hablé poco, pero jamás he hablado con tanta emoción y creo que con tanto provecho.

Y estas preguntas, formuladas a los trabajadores de la fábrica de cemento, me las han contestado, con la misma fuerza, los mineros de Vizcaya como los de Riotinto, los campesinos de Andalucía como los de Valencia, todos, todos, los proletarios de España, que harán, por sí mismos, la primera revolución sin jefes.

El lunes salí de Málaga para Granada. El buen Cruzado me cargó generosamente de obsequios y, como ya venía cargada de Sevilla y debía cambiar de tren en Bobadilla, resolvió acompañarme hasta esta estación.

¡Buenos, excelentes amigos, también, los hallados en Málaga! Pienso en Bernardo López y su buenísima compañera, en la abnegada esposa de Cruzado y en su hija, en Ortiz, en Domínguez, en Muñoz, en todos los compañeros, que es imposible recordar los nombres.

Un saludo afectuoso para todos, sin olvidar a esas bravas compañeras, a esas mujeres de Málaga, únicas, las que he de considerar en bloque, pues no sé de ninguna en concreto. Sólo la hermana del Rueda, el ex deportado, bulliciosa y ocurrente, nervio y sangre en ebullición continua.

Llegué a Granada a las cinco de la tarde. Había habido un lío de telegramas, mandados desde Málaga por los compañeros advirtiendo a Crespo de mi llegada, lío que dio como resultado que no se sacara

agua clara de la hora del tren y que me encontrase yo en la estación con cinco bultos a cuestras y sin nadie esperándome en ella.

Consigno este detalle, porque tuvo su gracia.

Llegué yo el lunes después del mitin que, coronando el proceso y la absolución de los compañeros encartados en el "affaire" de las bombas, habíase celebrado el domingo en Granada. Los sindicalistas, más o menos políticos, que en Granada también hay, habían pretendido que fuese a recibir a los abogados y los oradores federales que defendieron a los procesados y tomaron parte en el mitin, además de Pavón³⁷, organizando una manifestación, a lo que se opusieron los camaradas. La manifestación no se hizo y los sindicalistas más o menos políticos decían:

- El lunes vendrá la Montseny y estos enemigos de los recibimientos irán en masa a esperarla.

Tuve el gusto, pues, de llegar solita, en un taxi y con mis maletas a cuestras, a casa de Crespo, donde ni éste estaba. Me sentía cansada, muerta de sueño, deshecha, ya que el domingo aún realizamos una bella, poética, pero agotadora, correría nocturna, un

poco indispuesta y cifrando todas mis ilusiones en una cama. Y me eché sobre la que me tenían preparada, pidiendo que no me despertaran hasta que acabase el sueño. Dormí no sé cuantas horas; me levanté para saludar a Crespo, comí un poco y volví a echarme. Cura de sueño, que es la mejor para mí.

Este fue mi primer día en Granada. Mecía mi sueño la canción del Darro y desde las ventanas de mi cuarto veíase la torre de la Vela, las almenas de la Alhambra y sus jardines encantados.

37. Benito Pabón Suárez de Urbina era sevillano, hermano del diputado de la CEDA e historiador Jesús Pabón. Se afincó en Granada como abogado y tras presidir el comité paritario de la construcción durante la Dictadura de Primo de Rivera, en 1930 se afilió al Partido Radical Socialista. En 1931 ingresó en la CNT donde ejerció de abogado en los más importantes juicios que afectaron a cenetistas, como los de Casas Viejas, Huelga de Mayo de 1932 o Bujalance. Alejado de la organización sindical ingresó en el Partido Sindicalista de Pestaña, por el que obtuvo el acta de diputado por Zaragoza. Durante la guerra fue secretario del Consejo de Aragón, organismo regional creado en el Aragón libre del fascismo a impulso de los anarcosindicalistas.

IX. EN EL ALCÁZAR DE LAS PERLAS

9 DE DICIEMBRE DE 1932

El martes amaneció un día hermoso, como son la mayoría de los días en Andalucía. Me levanté a buena hora. Crespo decidió que, después de almorzar, y antes de ver a nadie de Granada, emprendiéramos la ascensión de la Alhambra.

Almorzamos y con sus dos hijos -sanas y preciosas criaturas-, nos dirigimos a la Alhambra. Por la mañana, al vestirme, mis ojos habían contemplado ya los jardines del Palacio, cuyo verdor veía desde la ventana de mi cuarto, las almenas y torres bien visibles.

La carrera de Darro, donde yo habitaba, es una calle que sigue las evoluciones del río Darro, serpenteando alrededor de la Alhambra, formando como un cinturón de agua que rodea la montaña en cuya cima Alhama levantó el maravilloso Alcázar de las Perlas. Dicho río se nutre del agua que después de correr llenando con su rumor isócrono, con su música sutilísima, las habitaciones del Palacio morisco y los jardines de aquel edén, fabricado por el arte y el instinto de los hombres, se despeña sobre el Darro. Esta agua, helada, pura, riquísima, procede, conducida aún por los acueductos de los árabes, del deshielo de las nieves de Sierra Nevada. El Darro fluye al Genil y el Genil realiza, en relación de Granada, la misma circunvalación que el Darro en relación con la Alhambra.

Granada forma como una herradura, en medio de la cual se levanta la mole de la Alhambra, construida sobre una cima. A sus pies, al frente, a derecha y a izquierda, se extiende la ciudad, desde el Sacro Monte hacia el Embovedado: eso es, desde el barrio típico de los gitanos, hasta el barrio aristocrático.

El Genil abraza a Granada, rodeándola con la vega que él riega, con su verdor frondoso, con la extensión y la esplendidez de una campiña de insuperable belleza.

Para entrar en la Alhambra es preciso cruzar el Darro y ascender las pintorescas callejuelas del antiguo barrio morisco y hebreo, hoy compuesto en su totalidad de comerciantes, anticuarios, tapiceros, agencias de turismo, mundillo todo en acecho de los turistas que la tradición internacional de maravilla de la Alhambra atrae sobre Granada. Me llamó la atención ver pasear por estas callejuelas, aún de puro sabor árabe, que parecen escapadas de Bagdad o de El Cairo, a varios judíos y árabes, tocados con feces y turbantes y vestidos los unos con sus túnicas y los otros con sus blancos albornoces. Descendientes quizá de antiguos moradores de la ciudad de Boabdil, que se pasean hoy, encantados y melancólicos, por la vida de ensueño y de arte que continúa siendo y que será siempre Granada.

Porque hasta la Naturaleza se ha complacido en dotarla de bellezas naturales, que le hacían destinada a esta sobrevivencia eterna. El clima, cálido como en toda Andalucía, se templó con la proximidad de Sierra Nevada, cuyos picos cubiertos de nieve vense a lo lejos, detrás de la Alhambra, que la sierra ingente parece guardar y proteger, dormida en su regazo. Y el cielo tiene una trans-

parencia maravillosa, una pureza indecible. Es de un azul tan limpio y tan violento, que la mirada se ciega en la contemplación de aquella claridad como sobrenatural, que repite la blancura de la ciudad, toda enjalbegada, pulcra, olorosa, con sus cármenes floridos y la canción múltiple de sus fuentes siempre manando: en medio de las plazas y de los patios, en las entradas de las casas; saltando Darro abajo, descendiendo sobre el río desde lo alto de la Alhambra, corriendo alrededor de Granada y bañándola toda en el cauce del Genil.

¡Granada! La vi por primera vez y sólo con el hechizo difuso de su aire, con su ambiente, con su gracia sutil, con su cielo, con el encanto inexplicable que de ella emana, me tuvo ganada:

-¡Oh, tierra ideal! ¡Si algún día puedo elegir remanso de paz, donde gustar la vida; un rincón donde vivir y morir feliz, vendré aquí! - dije.



Hasta llegar a la puerta de entrada de la Alhambra, se recorre media hora dulce de paseo bajo las frondas de los jardines, oyendo cantar el agua, en la penumbra grata y fresca de los árboles centenarios que vieron pasearse bajo sus copas a los sultanes granadinos, a sus mujeres y a todo un mundo lejano y fantástico.

Se entra en la Alhambra propiamente dicha por la puerta que tiene grabada encima la mano del artista que hizo aquella formidable obra arquitectónica. Después, ya dentro del reducto amurallado del antiguo palacio real, hay aún toda una enormidad de torreones, de jardines, de almenas, que aún no son "la Alhambra", la maravilla de que habló así Reclús: "Si un hombre, el más rico del mundo,

empleaba toda su riqueza para venir desde el más lejano extremo de la tierra, a Granada y a la Alhambra, y llegaba aquí pobre, hambriento y descalzo, sólo viendo esta obra suprema se consideraría el hombre más rico del universo, si entendía de Arte y lo amaba".

Adosado a la Alhambra, después de destruir la parte más bella del palacio -el harén y las dependencias destinadas a las mujeres de los sultanes, decorado todo con un derroche abrumador de riqueza y arte- se levanta el palacio de Carlos V, fea construcción cristiana que los reyes de España, después de haber arrojado a los moros de Granada, quisieron construir para eclipsar, con una obra de arte católica, el esplendor del arte oriental desplegado en la Alhambra.

¡Idea ruin, inquisitorial; crimen de lesa estética el cometido por los fanáticos, crueles y estúpidos reyes cristianos! La obra, comenzada a base del derribo de parte de la Alhambra no se terminó. Y son sólo unos muros enormes, decorados de escenas guerreras, salvajes, que contrastan con su brutalidad, con su grandeza bárbara, con la delicadeza, con la gracia, con el sentimiento artístico depurado de la construcción morisca, obra de unos hombres pacíficos, laboriosos, artífices, sabios, poetas, que vivían para la ciencia, para el arte, para la paz, para el trabajo y para el amor, nobles, caballerosos, clementes y que por todo ello fueron derrotados por las hordas disciplinadas y feroces de los ejércitos españoles, que vivían en la guerra y para la guerra, del pillaje, de la devastación, de la conquista, del robo legalizado, en medio de la holganza y de la sangre.



No es posible entretenerme, en una crónica, impresión de viaje, detallando todas las incontables, las incomparables bellezas de la Alhambra. ¿Cómo hablar, sin vulgarizarlo, de lo que es esa edificación, monumento vivo, herencia espléndida de una raza que ha dado al ruedo ibérico lo mejor, lo más ardiente, lo más libre y delicado de su alma y de su sangre?

Es esto antes obra de un libro, ¡y se han escrito ya tantos sobre la Alhambra, desde Washington Irving, hasta la fecha!

¡Cuántas veces nos sentamos Crespo y yo, en un punto estratégico, desde el cual se veía una perspectiva maravillosa, contemplando silenciosos, abrumados, sin palabras, aquella obra de arte victoriosa, resistente a los embates del tiempo y al instinto *artícida* de los vencedores que abandonaron la Alhambra a los gitanos, a los mendigos, a los caballistas, que hicieron de ella su morada, hasta que Washington Irving descubrió al mundo y empezó el desescombro y la conservación de aquella ruina espléndida!

El mirador de Lindaraja, representa toda la concreción poética de la Alhambra. Desde el tocador de la reina, la Alhambra abre la mirada del viajero curioso sobre el Albaicín, antiguo barrio aristocrático morisco; después barrio gitano y hoy barrio obrero y revolucionario. A sus pies, el llamado Paseo de los Tristes muestra gracia singular y melancólica, descendiendo la Fuente del Avellano. Desde la Torre de la Vela vi Granada entera, su vega fecunda, panorama de toda la provincia, rica, fértil, naturalmente dotada de todos los atractivos.

Estos debían ser también los grandes observatorios, la triple perspectiva abierta ante la mirada soñadora de los señores de la Alhambra, príncipes de leyenda acabados en un acto, denigrados ante la histo-

ría porque fue bueno, pacífico, porque tenía horror a la guerra y prefirió expatriarse a devastar su pueblo ahogándole en un río de sangre. La rehabilitación del pobre Boabdil aún está por hacer. Solo sabemos que no fue guerrero y que por ello una historia hecha de sangre y de exterminio lo ha convertido en un mal rey. Mal rey, sin duda, pero buen hombre.



Al bajar de la Alhambra, esperándonos recostados en un banco rústico de los jardines, encontramos un grupo de compañeros, entre los que había dos de los libertados del proceso.

Nos saludamos, regresando a casa de Crespo, charlando de mil cosas. Por la tarde quedamos acordados en que iríamos juntos a visitar el Generalife, joya la más delicada, mansión de placer de los sultanes, y en donde vivió y murió Maribel de Solís.

Por la noche, terminaba un Pleno de la Federación Local, comenzado el lunes. Pleno movido, en el que Crespo, Maroto, Torralba, Serrano, todos los compañeros más significados de Granada, libraban batalla contra el morbo político, allí como en todas partes metido en la C.N.T.³⁸.

¡Cuán ajenos estábamos todos a lo que había de ocurrir al día siguiente: a que, en aquellas horas, Sanjurjo diera los últimos toques preparatorios al intento fascista abortado por el heroísmo y la entereza del pueblo!

38. En ese momento el comité local estaba ocupado por hombres cercanos a la línea moderada del sindicalismo cenetista, como José Alcántara, obrero de la construcción y fundador del Partido Sindicalista en la ciudad; Julián Noguera, del Sindicato textil, o el propio anfitrión de Federica, el metalúrgico Francisco Crespo.

X. GRANADA, BELLA Y HEROICA

16 DE DICIEMBRE DE 1932

El martes por la tarde recorrimos los jardines y dependencias del Generalife. Esta vez ya con un grupo de compañeros, la cuñada de Crespo y una simpática joven afín a nuestras ideas.

A la vez que nos paseábamos por aquella joya delicada, hecha para el regalo de la imaginación, de la vista y de los sentidos, charlábamos de mil cosas.

¡Bravos camaradas granadinos! ¡Cómo los recuerdo a todos! A Torralba (Bakunin)³⁹, anarquista de una pieza, con un instinto libertario y una rectitud de alma que sólo entre nosotros se encuentra; a Pavón, inteligente, culto, generoso, multiplicándose, echando por la borda una posición social en aras de la Anarquía y entregándose en cuerpo y alma a la defensa de los oprimidos; a Soto, tan gracioso, con esa chispa andaluza seria e irresistible; a Maroto, enérgico y cordial, cuerpo de coloso y corazón infantil; al buen Calderón, a todos los habituales y a los que vi un momento, cuyos nombres ignoro, pero cuyo recuerdo guardo.

Y luego Crespo, castellano recio y severo, caído por azar en Granada, temperamento de anarquista y carácter poderoso, espécimen de una raza campesina

39. Evaristo Torralba pertenecía al Sindicato de Madera, militaba en la FAI y fue uno de los acusados de colocar bombas en marzo-abril de 1932.

altiva y fuerte, de la estirpe de los Pedro Crespo⁴⁰, como yo decía riendo. Y los dos muertos que no olvidaré nunca: Donato, cuya imagen vive en mí, que estuvo toda una noche sentado con su compañera, a mi lado, durante el Pleno, la víspera de su asesinato; a Cañete, un instante entrevistado, con su fuerza muscular y la bravura indómita de su alma, coraje y sentimiento, cuya pérdida lloran todos los compañeros de Granada.

En el ambiente general, en la primera relación con los camaradas, en la simpatía flotante por las cosas de la Confederación y de la F. A. I., que se percibe a simple vista en Granada, empecé ya a formarme una opinión, a cimentar un criterio, después comprobado y valorado por los hechos por mí presenciados.

Aún en Málaga, los compañeros de allí me decían:

- Verás en Granada. Allí tiene la Confederación muchas simpatías, y hay unos cuantos compañeros de valía, de mucha actividad y de gran prestigio que arrastran consigo toda la opinión pública.

En Granada el morbo político ha podido hacer muy poco. Ya hubiéramos querido nosotros que los sindicalistas políticos de Cataluña fuesen como los sindicalistas politicantes que vi echar por la borda en Granada, en un Pleno público, por la voluntad implacable de una organización de neta tendencia ácrata, que no permite ni una desviación ni una concomitancia.

Eduardo de Guzmán⁴¹, que asistió a algunas sesiones de este pleno, educado en su disciplina de

40. Referencia al personaje del alcalde de Fuenteovejuna.

41. Sería el periodista que poco tiempo después, mediante sus artículos en la prensa madrileña, a la vez que Ramón J. Sender, sacaron a la luz pública la matanza ocurrida en Casas Viejas. De simpatías libertarias, acabó en el periódico *Casvilla Libre* durante la guerra.

hombre de partido, se llevaba las manos a la cabeza, presenciándolo y diciendo a Crespo:

- ¡Sois demasiado irreverentes!

Después, ya en Barcelona, me contaba un día el caso único de Granada, en donde moderados y extremistas se enfrentan y chocan con violencia en los comicios, pero se encuentran en los mismos sitios cuando llega la hora de pegar tiros, tirando cada uno a conciencia. ¡Hasta los obreros de la U.G.T., por encima de sus jefes e importándoles un comino la disciplina, se lanzan a la calle, cuando el momento llega!



Amaneció el miércoles, día que había de estar preñado de acontecimientos. Nos acostamos tarde, pues tarde regresamos del Pleno, a cuyas últimas sesiones asistí, y no madrugamos. Era este el día que teníamos destinado para realizar una ascensión a la Sierra.

Entre los tipos vistos en Granada olvidaba a dos, notables por todos los conceptos: Heredia, el primer gitano anarquista que he conocido, valiente y buen muchacho, hecho a prueba de sinsabores y persecuciones de los de su raza y de los nuestros mismos, y un catalán pintoresco, establecido en Granada, silueta curiosa de solitario, enamorado de la serranía, caminante infatigable, carácter reconcentrado, inteligente, culto y con un instinto prodigioso de la Naturaleza y del arte que de ella emana. Es este el guía de Crespo, en sus ascensiones a Sierra Nevada, el que le ha ido recorriendo uno a uno todos los telones de la espléndida fantasmagoría de los glaciares, de las altas cimas coronadas de nieve

y de los prados de ensueño de esa formidable cordillera, la más ingente, la más legendaria y la más atractiva de España.

No sé como se nos pasó la mañana. Tuve yo que escribir y Crespo no sé a donde fue. Por la tarde, después de comer habíamos de salir en el tranvía de Güejar Sierra, Viaje rápido que nos diese tiempo de volver, pues por la noche había de dar yo mi primera conferencia en Granada.

¡Detalle curioso! Titulábase ella: "Una hora crítica para España: Revolución o fascismo".

Estábamos comiendo cuando llegaron a nosotros las primeras noticias del levantamiento de Sanjurjo en Sevilla, de los sucesos ocurridos en Madrid y además de la medida adoptada por el Gobierno suspendiendo todos los actos públicos y entre ellos mi conferencia⁴².

Salimos a la calle Crespo y yo. Ibamos indecisos, no sabiendo la hora fija del tren-tranvía de la sierra. De paso para la estación encontramos a Cañete. ¡Cuán ajeno a que aquella noche había de ser la de su muerte! No se hablaba de otra cosa que de las noticias contradictorias que llegaban de fuera. Las comunicaciones telegráficas y telefónicas estaban interrumpidas; el servicio de trenes con Sevilla suprimido. Pasaban sólo trenes militares cargados de soldados que iban a sofocar el movimiento.

42. La sublevación del general Sanjurjo tuvo sus centros principales en Madrid, donde fue rápidamente sofocada, y Sevilla. Preparada por un grupo de nostálgicos monárquicos contó con cierto apoyo entre miembros del Partido Radical. Rápidamente controlada, Sanjurjo fue encarcelado, juzgado, condenado a muerte e indultado. Otros muchos detenidos fueron deportados, como lo habían sido los cenetistas meses antes, a las colonias africanas.

Todo el pueblo estaba en la calle. Los grupos pasaban y traspasaban febrilmente. A nosotros nos abordaban cada minuto:

-¿Qué hay? ¿Qué noticias tenéis?

Nos escapó el primer tranvía y tuvimos que esperar el otro, paseando por los jardines que rodeaban las márgenes del Genil. Y no sabíamos qué hacer. Uno nos detuvo y nos dijo:

-Dicen que Sanjurjo es dueño de la situación y que hay ya nombrado un gobierno militar.

Esta noticia corrió como un reguero de pólvora por Granada. Este fue la que lanzó al pueblo a la calle; si la hicieron correr los monárquicos, dispuestos a sembrar el pánico y a aprovecharse de él, por si pudieron ver lo que yo también vi: De qué manera en España un nuevo intento fascista marcará el comienzo de la revolución.

Nos hallábamos sentados ya en el tranvía, a punto de arrancar, cuando nos apeamos. Tanto Crespo como yo estábamos en una tensión nerviosa, con un desasosiego y un afán de saber qué pasaba en España y localmente en Granada, que las bellezas de la sierra habían desaparecido para nosotros.

Volvimos a desandar lo andado, marchando a pie hacia la carrera del Darro. Al pasar recogíamos los rumores de la calle, la formidable efervescencia de aquellas horas. Nos detenían al paso, preguntándonos, los grupos de obreros:

- ¿Habrá conferencia esta noche?

- Está suspendida.

- ¿Qué pasará esta noche?

- ¿Qué haremos esta noche?

¡Memorable noche! ¡Cómo la recordaré siempre!



Salimos de nuevo después de cenar. María, la inteligente compañera de Crespo, que le conoce a él y me conoce a mí, se empeñó en querer salir con nosotros.

- Allá donde vayáis, allá voy yo.

El aspecto de Granada era singular. No se veía ni una autoridad, ni un uniforme por la calle. Todas las ventanas, todos los balcones, todas las puertas estaban cerrados. Y obreros y más obreros por las rúas, yendo y viniendo. Miraba yo los balcones y las ventanas herméticas y decía:

- ¿Qué hay detrás de ellas?

Se sospechaba un golpe de mano monárquico por la noche. Y el pueblo por la calle paseaba, paseaba, silencioso, sin gritos, sin manifestación alguna.

Mientras cenábamos se reunieron los compañeros en el campo. Nosotros fuimos a encontrarnos con ellos en el café donde cada día nos veíamos. Estaban allí casi todos, en medio de la plaza de Bibarrambla; los más inquietos daban vueltas por la población, vigilando a los aristócratas, a las autoridades y pulsando al pueblo. Nosotros habíamos ido recorriendo Granada, pasando por las callejuelas al atisbo de detalles. Esa calle de la Alcaycería, en este artículo reproducida, ¡cuántas veces la pasé y la traspasé en aquellos días!

Hasta las doce de la noche no comenzó a ponerse la cosa seria. Empezó el asalto a la Redacción de El Ideal, periódico reaccionario, primero; después pegaron fuego al Casino de los burgueses. El pueblo, cansado de esperar la acometida fascista, tomaba la iniciativa. Mientras las masas estaban contemplando los estragos del fuego en el Casino, empezaron los monárquicos refugiados en Palacio de Guadiana y en el Hotel Alameda a tirar sobre el pueblo, aún

indefenso; sobre el pueblo, ya embriagado de llamas y de revuelta, que recorría las calles vitoreando a la anarquía, a la C.N.T., a la revolución social. En la primera acometida del pueblo, furioso al ver que le agredían por la espalda, contra la casa de Guadiana, cayó Cañete, asesinado desde dentro. Después, bajó una descarga de los cavernícolas encerrados en el hotel frontero, el Alameda, cayeron Donato y unos cuantos heridos más. Entonces, en media hora, se consumó el asalto a las armerías, se armaron tres mil hombres y empezó la lucha cuerpo a cuerpo del pueblo con monárquicos y republicanos, unidos ante el enemigo común, con la Guardia civil, que disparaba a mansalva contra él.



No pude presenciar todos los capítulos de aquella noche. Crespo se empeñó en volvernos a casa a su compañera y a mí, no queriendo exponernos más. Si no hubiera sido por María, habríamos vuelto a salir. Pero la consideración del sufrimiento de la mujer y de la hermana, nos retuvo el resto de la noche en casa.

¡Pero qué noche! Sentada en la cama, con el oído atento, cada descarga me estremecía. Reconocía el estampido seco de los pistoletazos. Cuando retumbaban las descargas de los máuseres, me dejaba caer sobre la cama, tapándome los oídos con las manos. ¡Qué noche, qué horrible noche! ¡Con qué angustia y con qué impaciencia esperaba el nuevo día, saber qué había pasado!

XI. DESPUÉS DE LA TRAGEDIA

23 DE DICIEMBRE DE 1932

Amaneció el día, y, con la aurora, conseguí yo conciliar el sueño. Había acabado ya el fuego y un silencio absoluto reinaba en la capital.

Antes de salir del cuarto, empezaron a llegar a casa de Crespo los compañeros. El pesar por la muerte de Cañete y de Donato se reflejaba en todos los semblantes. A la vez que nos transmitían tristes detalles de la tragedia, nos traían las últimas noticias. Toda Granada había parado espontáneamente como protesta por la muerte de los dos compañeros, y por la actitud de las autoridades protegiendo al conde de Guadiana, a sus hijos y a sus amigos, que el furor popular habría ajusticiado inmediatamente. Para que no se me olvide, consignaré un detalle, aunque altere el orden cronológico de esta narración de hechos: Cuando llevaron al Guadiana a la cárcel, los presos en ella se amotinaron, intentando lincharlo. Para proteger su vida, tuvieron que trasladarlo y conducirlo subrepticamente a las Torres Bermejas, antiguas prisiones del Estado enclavadas dentro del recinto de la Alhambra.

La voz popular decía que entre los cavernícolas que habían disparado contra el pueblo desde el Hotel Alameda estaba Urraca Pastor, la famosa oradora católica, como yo de paso por Granada.

Almorzamos a todo escape, sin apetito, y nos lanzamos nuevamente a la calle. ¡Aspecto curioso el

de Granada, después de aquella noche! Parecía una ciudad en estado de sitio. De todas partes iban afluyendo camiones de Guardia civil, compañías de soldados, que patrullaban con las armas en las manos por las rúas.

No se veían casi obreros callejeando. La gente iba de prisa; cerrados los comercios, sólo transitaban los curiosos y los que, como nosotros, estábamos deseosos de saber qué pasaba.

Cuando llegamos al Embovedado, lo primero que vimos fue una multitud contemplando las ruinas humeantes del Casino. Los chiquillos acababan la obra destructora, rompiendo a pedradas las ventanas que quedaban en pie. Por la parte trasera, otro grupo pegó fuego a unos tabiques aún incólumes, acabando de derrumbarse con estrépito la casa.

El hotel de Guadiana y el de Alameda estaban guardados por retenes de Guardia Civil a caballo, que lanzaban brutalmente sobre las masas cuando les pasaba por la cabeza.

Al paso, nos habían dicho que Maroto⁴³ había sido detenido. Tuvimos la alegría de verlo entre un grupo de compañeros frente al Hotel Alameda. Estaba muy apesadumbrado; lloró como un niño al ver caer muerto a Cañete, portándose bravamente, ciego de furor y de pena, aquella memorable noche. Maroto ha sido después el obrero apaleado de forma bárbara por los de Asalto, hace cosa de quince días, motivando su encarcelación arbitraria y los malos tratos sufridos una huelga de carácter revolucionario recientemente producida en Granada.

⁴³. Miembro del Sindicato de Madera, fue uno de los más destacados militantes radicales del anarcosindicalismo granadino y uno de los más perseguidos por las autoridades. Ocupó importantes puestos en la Federación Local tras la salida del equipo sindicalista.

Por su significación, como orador y como militante activo, las autoridades lo convirtieron, junto con Pavón, en cabeza de motín. Se le detuvo la noche de ese mismo día; se le puso en libertad para el entierro de los dos muertos y ante la presión popular que lo reclamaba, indignada por el parcialismo incalificable de las autoridades republicanas, protegiendo y poniendo en libertad a los asesinos, mientras perseguían y encarcelaban a los amigos de las víctimas.

Después de corretear por Granada, nos dirigimos a casa de Carmela. Es ésta "La Tranquilidad" de Granada. Allí van a tomar café todos los compañeros y allí se encuentran todos, los días festivos normales. En casa de Carmela -excelente mujer que, junto con su marido, es el refugio y el amparo de todos los compañeros que caen en Granada sin recursos- encontramos a la compañera de Donato, aún como embrutecida por el bárbaro golpe sufrido. Apenas hacía un año que estaban unidos; ella, frágil, agradable, feliz, la noche antes. La vi hoy pálida, ojerosa, por las horas de angustia pasadas, con los párpados enrojecidos, sin palabras que pronunciar y balbuceando detalles de los últimos momentos de Donato, al que tuvo aún en sus brazos mortalmente herido.

Crespo y yo miramos con el corazón oprimido. Una doble pena había en nosotros: por las víctimas y por la noche perdida. Perdida, sí. No había solución de continuidad para el movimiento popular de Granada, por cuanto estaba sentenciado a muerte, ya que no podía confiarse en una solidaridad inmediata del resto de España.

Explosión popular que da la medida de lo que puede un pueblo, cuando quiere, por otro lado no

ofrecía garantías para consolidar nada efectivo. Pero aquella noche pensábamos nosotros que hubiera podido aprovecharse mejor, empleando en algo más útil que pegar fuego a un Casino el desborde de furor y de embriaguez revolucionaria de las masas. Había algunos golpes certeros que dar, que no se dieron.

Abrigábamos la esperanza de que pudieran darse durante todo aquel día. Las noticias que llegaban a Granada mantenían en nosotros el fuego y el optimismo. Se batían por las calles de Santa Fe y Maracena; en Albolote, en Pinos Puente y en Güejar Sierra decían que se habían apoderado de los Ayuntamientos, aprovechando la escasez de fuerzas armadas, concentradas todas sobre Granada⁴⁴.

Al medio día, mientras comíamos, tuvimos que retirar la mesa de donde estaba, porque se entabló un tiroteo entre la Guardia civil y un grupo, al intentar franquear los primeros los reductos del Albaicín, barrio donde estimaban las autoridades que habían ido a parar las tres mil armas de que se incautara el pueblo, y donde, a cada intento de registros domiciliarios, se produjeron los días siguientes choques violentos con la fuerza republicana. Nos pasaban silbando las balas por delante del balcón y, a pesar de nuestro aguerrido espíritu, morir estúpidamente sentados a la mesa no nos seducía.



Después de comer, salimos otra vez a la calle. No había quien me retuviera en casa de Crespo, y a

⁴⁴. Tras las noticias del golpe de Sanjurjo en numerosos pueblos de la provincia se produjeron huelgas generales. Como las de Motril, Iznalloz, Cijuela, Almuñecar o Santa Fé.

pesar de las recomendaciones de su esposa y de su hermana, buenísimas compañeras, salimos a recorrer Granada. Por la mañana aún nos llevamos a Luz, el niño mayor de Crespo; por la tarde les dejamos irrevocablemente en casa, tanto a él como a la desconsolada Dalia.

El aspecto había cambiado. La multitud volvía a invadir las calles. La Policía, la Guardia civil, los soldados, los primeros guardias de Asalto que habían llegado, cacheaban a diestro y siniestro. Nosotros, intrépidos, pasábamos en medio de la fuerza, complaciéndonos en ir allá donde menos querían que fuésemos. Nadie nos dijo ni una palabra, ni aún cachearon a Crespo. Fuimos al local de los Sindicatos, en donde había pocos compañeros, esperando todos, de un momento a otro, la clausura.

La nueva noche prometía también ser movida.

Es preciso que rinda aquí un homenaje a los leoncillos de las Juventudes Libertarias, héroes de aquellas jornadas, puñado de "chaveas" que hicieron correr más, ellos solos, a la Guardia civil y a los de asalto que un regimiento de revolucionarios con toda la barba. Muchachitos de edad que oscila entre los 12 y los 17 años; corajudos, serios, entusiastas y uno de los cuales hizo perder los estribos a Ballbontín el día del mitin, gritándole a la cara en el momento en que empezaba su discurso:

- ¡Viva el apoliticismo de la C.N.T.

Es imposible recordar todos los detalles de esa jornada más granadina y de la jornada general del pueblo de Granada.

Recuerdo que por la noche volvimos a salir, Crespo, tres o cuatro compañeros más, unas muchachas simpatizantes y yo. Amparados por la presencia de las mujeres, los hombres transitaban

también sin peligro en medio de la fuerza que militarizaba Granada. A pesar de que aquella era una invasión de ejércitos enemigos, concentrándose en Granada parte de la tropa que había ido a Sevilla a sofocar el levantamiento de Sanjurjo, aquella noche se pegó fuego a tres casas más, vecinas a la de Guadiana, a la iglesia de San Nicolás y a un convento de monjes; se asaltó en Maracena la casa de un cacique, muriendo otro compañero en el ataque y en el Albaicín se batieron bravamente con la fuerza que patrullaba. Se detuvo esta noche a Maroto y llegó a la ciudad de los califas el gobernador fascista enviado por el Gobierno como emisario especial a solucionar los conflictos de Granada⁴⁵. Su inauguración del cargo fue ordenar la clausura de los sindicatos y la vuelta al trabajo de todo el mundo.

Granada, no acostumbrada a estas maneras, contempló divertida a tal señor, dispuesta a medir sus poderosas fuerzas con las suyas, por muy armadas que fuesen. Lo primero que hicieron fue no volver al trabajo; lo segundo exigir la libertad de Maroto. Lo tercero, reclamar la deposición del Mussolini en pequeño que les había caído en suerte. Lo cuarto, declararse en huelga general por tiempo indefinido, hasta que el Gobierno sacara de Granada al señor González López. En la lucha entablada entre el Poncio y el pueblo, ganó el pueblo. El Gobierno no tuvo más remedio que

retirar a su emisario especial y que saborear el trato de favor que recibían los primeros guardias de asalto vistos por los granadinos. Los chavales los tomaron por su cuenta y les adornaron el cuerpo, acardenalándoselo a certeras pedradas. Era aquello una juerga callejera, con ese admirable heroísmo alegre del Mediodía.



No puedo aún terminar con este artículo mi estancia en Granada. El próximo será el último. Estoy ahora deambulando por las calles, contemplando los incendios y oyendo a Crespo que, conociendo a mi padre, me dice:

-¡Si Urales supiera lo que estás haciendo por Granada, cómo sufriría!

¡Buen Crespo! Asumió a ratos la representación de mi padre y era el *seny* que me volvía a casa, exclamando:

-Bueno, se acabó. Basta de locuras y a dormir ahora.

45. Se refiere a González López, nombrado por el gobierno con poderes superiores al del gobernador civil de la provincia Félix Fernández Vegas.

XII. MIS ÚLTIMOS DÍAS EN GRANADA

30 DE DICIEMBRE DE 1932

Me quedé en Granada dos días más, para poder asistir al entierro de las víctimas y deseosa de saber el cariz que tomaban las cosas.

La noche del jueves transcurrió agitada, ardiendo a más y mejor, la iglesia de San Nicolás y algunos otros edificios. Los bomberos trabajaban sin parar y la fuerza armada patrullaba de noche y de día acordonando los edificios y cargando sobre la multitud, cuando veían formarse inofensivos grupos.

Los chicos de Galarza⁴⁶, con su gentileza acostumbrada, se precipitaban sobre los transeúntes, atropellando a chicos y grandes, hombres y mujeres, con gran indignación de los granadinos, no acostumbrados a este bárbaro trato.

El viernes era el día señalado para el sepelio de los infortunados camaradas. El acto prometía ser una imponente manifestación de duelo y de protesta de Granada entera.

46. Se refiere a los Guardias de Asalto, fuerza de policía creado por la Segunda República para hacer frente a los disturbios urbanos. Ángel Galarza Gago (1892-1966), abogado del Partido Republicano Radical Socialista, fue el primer fiscal general de la República y, después, con el ministro de la Gobernación Santiago Casares Quiroga, uno de los organizadores del citado cuerpo.

Crespo y yo fuimos a esperar el entierro en los paseos de la Alhambra. Al sacar los cadáveres del hospital se produjo un choque con la fuerza pública, que obedeciendo órdenes del Poncio⁴⁷ fascista, se proponía impedir que el cortejo pasara por las calles más céntricas. El pueblo, sin embargo, impuso su voluntad, y el desfile, imponente, impresionante, pasó por las más principales, escalonado de detenciones que aprovechaban oradores espontáneos subiéndose a los bancos, arengando a las masas e iniciando vivas a la Confederación, a la FAI y a la Anarquía, que eran coreados con entusiasmo indescriptible. "El Noticiero Granadino" y "El Defensor de Granada" evaluaron en más de 10.000 el número de asistentes al sepelio.

Antes de enfilear la Alhambra se unió al entierro, saliendo de la cárcel, Maroto⁴⁸, al que los trabajadores acogieron con gritos y alegría.

¡Cuán penosa, cuán angustiada fue la caminata bajo el sol y entre nubes de polvo hasta el cementerio! Allí, ante las fosas abiertas y mientras bajaban los féretros, hablamos a la multitud Pavón, Maroto y yo. ¡Qué conmovida me sentía, viendo junto a mí al anciano padre de Cañete, a su hijo, muchachito simpático e imberbe⁴⁹, como atontados, llorando en si-

lencio, oyendo caer las paletadas de tierra sobre los cuerpos de los pobres compañeros sacrificados por la reacción monárquica y que la reacción republicana quería apropiarse, graznando sobre ellos como cuervos.

El regreso, después del entierro, sedientos, apenados, cubiertos de polvo, fue doloroso. Llegamos muy tarde a casa de Crespo. Yo escribí después de comer y no salimos aquella noche. La epopeya de Granada tocaba ya a su fin. Los pueblos levantados iban cayendo uno tras otros en poder de las fuerzas gubernamentales. En Granada, convertida en campamento, habían comenzado los registros domiciliarios, la persecución y captura de los militantes... a la vez que el juez procedía a señalar fianza para la libertad del conde de Guadiana.

Sentados en el balconcillo de casa Crespo, oyendo murmurar dulcemente al Darro y viendo la Torre de la Vela y las almenas de la Alhambra coronadas de luna, pasamos mucho rato Crespo y yo, charlando de mil cosas, entreteniéndose él en seleccionar sus papeles y en ordenarlo todo, previendo la posibilidad de un registro.

Para el día siguiente, sábado, estaba decidida mi partida. Telefoneé a casa el jueves, aún en plena efervescencia popular tranquilizándoles y exponiéndoles la imposibilidad de regresar en tanto durara la situación violenta en Andalucía. Ahora eran los mismos compañeros de Granada los que me aconsejaban que partiera, previendo la represión que se desencadenaría.

47. Con esta palabra, que hace referencia a Poncio Pilatos, solían denominar, despectivamente, los anarquistas a los Gobernadores Civiles, en referencia a que representaban al Estado. En ese momento lo era en Granada Félix Fernández Vegas.

48. Se trata de Francisco Maroto del Ojo, nacido en Guadix y fusilado en 1939 en Alicante. Ebanista, fue uno de los más importantes militantes del anarcosindicalismo granadino. Durante la guerra organizó una columna miliciana.

49. Padre e hijo de Mariano Cañete, uno de los muertos durante los incidentes. Antonio Cañete Rodríguez, el hijo, anarcosindicalista también publicó, años más tarde, un relato de estos acontecimientos en *Nervio*, el

periódico de la CNT andaluza en el exilio, en sus números 5 y 6, publicados entre octubre y diciembre de 1958. Aprovecho la ocasión para agradecer a Antonia Fontanillas la información que me ha facilitado y que es la responsable última de que estos textos sean recuperados.

Crespo, resuelto a abandonar Granada antes de que lo encarcelaran y además deseando acompañarme hasta dejarme en el directo Sevilla-Barcelona -llevaba muchos bultos de mano- decidió partir conmigo el sábado por la tarde, yendo hasta su pueblo natal.

¡Con qué melancolía recuerdo las últimas horas en Granada! Ansiaba regresar a casa, comprendiendo la inquietud de todos, el sufrimiento agudizado de mi padre, dado su carácter, pero, por otra parte, abandonar la ciudad, donde tantas emociones había vivido, tan rica en recuerdos, tan bella, tan simpática.

La noche, muy tranquila, bañada de luna, cálida y serena, se prestaba a los pensamientos, al rumiarse melancólico... Pensé que allá arriba, al otro lado de la Alhambra, en el rincón del cementerio donde hallaron humilde fosa, yacían ya por siempre más los dos muertos que dos días antes había visto llenos de energía y de vida. Sus tumbas, con la tierra aún fresca y removida, debían estar bañadas, en esta noche, de luz blanca. Y ellos, por siempre más dormidos dentro de sus ataúdes, esperando la descomposición de la materia, la transformación incesante y eterna de la vida. ¡Tristeza sin nombre de lo que se va para jamás volver; dolor irreparable de lo que no tiene remedio ni mañana!



El sábado, antes del mediodía, salí a comprar algunos recuerdos granadinos. Me acompañaban Soto, Torralba y dos o tres muchachos más, pues Crespo tuvo que ir al Juzgado llamado por una citación y Pavón iba con él.

El espectáculo de Granada, con sus 80 flamantes guardias de asalto haciendo estragos y su población leyendo estupefacta el bando digno de Mussolini o

de Uriburu que López González acababa de hacer pegar por las paredes, era algo notable. No se hizo esperar la reacción del pueblo granadino frente a aquel gobernador fascista. El lunes estalló con espontaneidad y violencia la huelga general declarada para que lo sacaran de Granada y que no cesó hasta conseguir sus justos deseos.

¡Admirable pueblo! No he hallado otro en España, que tenga tan vivo y tan despierto el sentimiento de la solidaridad, de la dignidad colectiva y la conciencia individual precisa para generar de modo espontáneo movimientos y protestas.

Transcurrió rápida la mañana. Salía el tren antes de la una. Habíamos de hacer dos cambios de tren: en Moreda primero y después en Baeza, cogiendo el directo Sevilla-Barcelona.

Me despidieron en la estación un grupo de buenos amigos. Con la mano, con emoción en los ojos y en el corazón, me despedí de Granada entera, en la que había vivido la comunión moral de unas horas de peligro, de angustia y de dolor.

Tampoco he de decir más que: Hasta la vista. Me espera Granada, ante la que aún no he hablado; me espera Sierra Nevada, con sus picos ingentes, cubiertos de nieve impoluta y pálida. Me esperan Luz y Dalita, los pequeños de Crespo que, según me dice su padre, cada vez que oyen pararse un auto, se asoman al balcón, diciendo con sus lenguas infantiles:

-¡Quizá es Federica!

¡Cómo es posible que no cumpla yo estas múltiples palabras dadas de regreso no lejano y de visita próxima!



El viaje, hasta Baeza, tuvo para nosotros la amenidad y el atractivo de la naturaleza singular, rica

primero, áspera y pobre después, y de los tipos humanos que ante nosotros desfilaban. Charlábamos, además, como buenos camaradas, soldada sólidamente una amistad familiar, hecha de afinidades morales, de rectitudes de alma y de identificación completa en la apreciación de las ideas, de la lucha y de los problemas planteados en nuestro mundo. Crespo es un *specimen* de ese tipo de anarquista, anónimo casi, pero inteligente, tenaz, voluntarioso, de férreo carácter y poderosa personalidad propia, que he ido hallando reproducido en muchos más a lo largo de mi viaje y que son el tesoro del anarquismo español.

Pero algo marcó nuestro viaje con un recuerdo inolvidable; el encuentro con dos campesinos en la provincia de Jaén, que descendieron en la estación de Larva y con los que charlamos largamente, buceando en sus almas y descubriendo con alegría en ellas, simples y oscuras como son, un eco inmediato y ardiente de nuestras palabras.

¡Pobres mujiks españoles, de enclenques tipos, de escuálidas mejillas! El uno, analfabeto en absoluto; el otro, sabiendo aún deletrear y escribir su nombre. Le hablábamos con dulzura, con palabras sencillas, fáciles de comprender, iniciándoles ideas de asimilación rápida, comparaciones entre su mísera situación, debiendo emigrar a lejanas tierras acosados por el hambre, vendiendo siempre sus brazos, produciéndolo todo con ellos, sin tener nunca nada. Les hablábamos de la posibilidad de que las cosas fuesen mejor. Nos escuchaban con atención profunda y nos contestaban con frases que revelaban inteligencia, inquietudes morales, anhelos y rebeldías inconscientes. Les atiborramos de folletos, periódicos, todo lo que llevábamos encima. Después les hemos mandado más, ya desde casa.

Al descender en la estación de Larva nos saludaron con entusiasmo muchas veces, no dejando la estación hasta que volvió a partir el tren, agitando sus gorrillas, sorprendidos y deslumbrados por el encuentro y la charla tenida.

Les miraba con tanta ternura y emoción en el alma que hasta sentía mis ojos humedecerse.

-Tienen materia para charlar un mes seguido en el pueblo. Ya ves si puede hacerse labor en esta España nuestra, en la que, en medio de la ignorancia y la miseria, florecen el ideal y la revolución como nacen las flores en un estercolero.

¡Oh, en el poblacho les esperaban los hijos descalzos, las mujeres flácidas, sucias, desarrapadas; las cuevas abiertas en la roca, que tienen categoría de viviendas humanas y que constituyen aldeas en esa Andalucía del Norte, hermana de las Hurdes castellanas! ¿Cómo no rebelarse: cómo no hallar eco en estas almas, por oscuras y embrutecidas que estén, nuestras palabras de amor y de redención; cómo no impresionarles con nuestra ternura y tantas frases sencillas y nuevas dichas a su oído?

Toda, toda la obra de la revolución está ahí por hacer. Lo siento con vehemencia, con ímpetu, con todo el fuego y la voluntad de mi alma.



El directo ya. Pronto la estación en la que Crespo se apea: breve cruce de saludos y palabras con los compañeros que en ella esperan. Después la noche, los pueblos, los montes, los campos, devorados por la marcha vertiginosa del rápido. Barcelona otra vez y el fin.

Federica Montseny

Con motivo de festejar la Navidad de 2000, se acabó de imprimir la presente edición de "Federica Montseny en Andalucía. Verano de 1932", el día 13 de Diciembre de 2000, siendo la festividad de Santa Lucía, en el setenta aniversario de la publicación de estos artículos. Al cuidado de la edición estuvo el Servicio de Publicaciones de nuestra Universidad.

